

JUAN Y BASS

-Bass ¿cómo está Juan? -preguntó, la acaudalada mujer sentada en el sillón de lectura, bajo tenue luz de la lámpara de pie. Mientras tanto, Marta, Cyborg y secretaria personal, preparaba el café tras la barra de la cocina americana. El médico y las enfermeras atendían al joven postrado en la camilla biomédica, ajenos, a los escoltas con trajes oscuros y pinganillos que aseguraban el loft.

-Señora, su hijo está bajo los efectos secundarios de las pastillas. Si puedo hablar con total sinceridad...

-¡Para eso pago, Bass! -respondió. Después de soltar la bocanada de humo, daba dos golpecitos a la boquilla larga, y dejó caer las cenizas del cigarrillo en el cenicero, sobre la mesa de diseño.

-Su hijo...

-Ya veo que no cambian los gustos de mi hijo -interrumpía- ¿Y ésta mesa, tan horrible?

-Comprada a una artista del barrio.

-Ya... -no pudo evitar la expresión de disgusto y mirar alrededor. Reparó en el billar, iluminado por la lámpara colgada debajo las escaleras de maderas que daban acceso a la entreplanta del dormitorio, con baño. Continuó por la diana electrónica, en la puerta del aseo. Los pósters de películas clásicas y láminas enmarcadas entre decoraciones de luces de neón, en las paredes de ladrillo visto. Prosiguió por las librerías, repletas de libros. La máquina Pinball. Y finalmente algo captaba su atención- ¿Qué es aquello?

-Una jukebox, o gramola, en español -aclaró Marta, cuando llegó con la taza de café y dejó en la mesa de material reciclado. La joven réplica humana, de profundos ojos azules y rasgos delicados, vestía traje chaqueta de tonalidad gris, idéntica al cabello corto.

-Señora... -carraspeó Bass- Juan debe retomar la anterior medicación. Es la segunda vez que

pierde el conocimiento.

-¿Qué? -exclamó el médico- Señora, el informe en mis manos dice lo contrario, como puede ojear. Además, el encefalograma y el cardiograma monitorizados, resultan positivos.

-Querido colega, su instrumental y diagnóstico son erróneos -contradijo Bass.

-¿Qué sabe un chucho?

-Por favor, un Basset Artesián-Hormand -el sabueso, sentado en el otro sofá con chaise longue fucsia, se arrascó la oreja y sacudió con fuerza. Después, se puso a cuatro patas y saltó al suelo, para estirarse- Debo recordar... -dijo a medida que se erguía sobre sus extremidades traseras, y quedaba de pie- que aunque no soy inteligencia artificial de última generación... - cruzó las patas delanteras tras el lomo, y comenzó a caminar por el salón del loft de grandes ventanales- mis análisis indican que los instrumentos de la camilla robotizada, están mal calibrados -los ojos del animal sintético brillaron y proyectaron el informe holográfico frente a la mujer de hermosa madurez. Ceñida en un vestido negro, resaltaba la blancura del collar de perlas a juego con los pendientes, y el rojo de los labios. Asimismo la palidez del cuello de cisne, acentuaba el cabello pelirrojo recogido. Y las piernas juntas desde las rodillas, ligeramente inclinadas hacia las sandalias negras con tacón- Por lo tanto, el tratamiento está mal -continuó- Eh aquí, la muestra de sangre que tomé la libertad de examinar antes que llegara el personal sanitario, y si superponemos al resultado de la camilla...

-¿Doctor? -preguntó la señora, y clavó sus largas pestañas.

-¡Ay amigo! No me gustaría estar en tu pellejo, por nada del mundo. Pues no hay rincón dónde puedas esconder de la Familia Sánchez, -pensó Bass- una de las más ricas y poderosas de Eurasia. Sí, amigo. Mañana desapareces y nunca más se sabe de ti. Puede que se encargue la señora Priscila, aquí presente. Reconocida en el mundo empresarial, su ámbito de amistades abarca desde políticos y jueces, hasta organizaciones mafiosas. Quizás sea Pedro, el hijo

mayor, Director General de la Industria Armamentística. Tal vez Leticia, la mediana, al cargo del Departamento de Investigación y Desarrollo Científico, tan brillante como paranoica. Pensar en ella, pone los pelos de punta. Tal vez Alfredo, su mellizo, conocido personaje público, gestor y portavoz de la Familia ante los medios de comunicación. O, por qué no, Marta, y gane un sobresueldo. ¡Ay, amigo! No me gustaría estar en tu pellejo, por nada del mundo...

-¡García! -requiere a la enfermera, visiblemente nervioso. ¿Cómo es posible? ¡Es inconcebible! ¡Sin duda, por la incompetencia de mis colaboradores! -gritó el doctor.

-El error ha sido mío, por hacer caso a la recomendación de mi hija Leticia y contratarle ¿Acaso se acuesta con ella? -se hizo un silencio incómodo en la habitación- Lleven a mi hijo a su cama y recojan todo el material -ordenó, acto seguido del sorbo de café- Y querido doctor, espere fuera a Marta.

-¡Señora! -exclamó Bass- Juan debe...

-Priscila... -volvía a interrumpir.

-Como decía... Priscila... Juan debe utilizar la diadema metálica, y llevar los solitarios en cada dedo corazón, de nuevo. Canalizan su inmenso poder de telequinesia, hacia las manos. También el medicamento, hasta la fecha ¿Ha recibido el informe del siniestro?

-Por supuesto que los recibí -contestó Marta, de pie tras el sofá.

-¿Los afectados? -preguntó la Priscila.

-Por fortuna, no hay que lamentar desgracias ni personales ni ajenas.

-Ahora comprendo la recaída de mi hijo. De todas formas vuelve a explicarlo, y Marta, guarda silencio.

-Juan desayunaba en el bar de la esquina, y yo estaba tumbado junto la silla, como todas las mañanas, cuando mis sensores captaron la alteración sináptica cerebral de su hijo. De la

frente, brotó de forma espontánea una onda de fuerza que aplastó al coche parado en el semáforo y desplaza otros tantos, sin contar los destrozos materiales. Juan a continuación pierde el conocimiento -detalló- De inmediato, me puse en contacto con usted. También con el señor Lii, que accedió a las alcantarillas y manipuló un cable de alta tensión bajo el lugar de los hechos. Nuestro buffet de abogados acudió para representar a los afectados contra la compañía eléctrica pública, mucho antes, que emergencias o la policía.

-Hijo mío... -dio el último sorbo de café y se puso en pie. El forzudo escolta cogió el abrigo de visón del perchero y ayudó a vestirlo. Después sacaba la pitillera del bolsillo interior y descubría el arma automática que enfundaba bajo la chaqueta, ofreciendo los cigarrillos a la mujer burguesa, que tomó uno de éstos y lo colocó en la boquilla. Una vez en los labios, el mismo escolta sostenía el encendedor y acercaba la llama al cigarrillo- Manténme informada de cuanto acontezca -repuso, tras la bocanada de humo. Marchó hacia la puerta, dónde esperaba Marta con la gabardina puesta, y otro agente hablaba por el pinganillo del oído.

-¿Priscila, permite una última pregunta? -caminaba al lado.

-Bass...

-Sabe de mi facilidad para navegar por la Red. Pues bien, mi troyano consiguió acceder al Ministerio de Defensa gubernamental, y en las computadoras de un departamento de inteligencia militar, que no existe, encontré informes que hacen referencia a Juan.

La mujer en cuchillas frente al animal erguido, daba una profunda calada y expiraba el humo.

-Mi hijo es un prodigio de la naturaleza, y no un experimento de laboratorio -susurró.

-¿Prodigio? ¿De la naturaleza? -tosía Bass, muy alterado- Más bien el embarazo no deseado de una adolescente caprichosa y consentida de la alta aristocracia empresarial, adicta a las interminables noches de fiesta, alcohol. Pero sobre todo, a las drogas de diseño.

-Chucho, no tienes a la suerte sólo porque caes bien a mi hijo -dijo Priscila, sin alterarse. En

pie, hizo un leve gesto a la secretaria que sujetaba la puerta abierta del loft. Marta, a velocidad sobrenatural apareció delante de Bass. Sin mediar palabra, propinaba una fuerte patada que lo estrelló contra la librería, y cayó desplomado al suelo con los libros- ¡Aquí tienes! -dejó caer los anillos y la diadema en la tarima flotante.

-Encanta de verte, Bass -despedía Marta, y desaparecía activado el camuflaje óptico.

-¡Mi hijo, bajo ningún concepto, debe saber que he estado aquí! -concluyó Priscila, esfumándose junto a los demás.

-¡Señora, puede estar tranquila! ¡Juan y yo jamás hablamos de usted! -murmuró tumbado de costado en la tarima. He sido fabricado en una de la empresas tecnológicas del imperio Familiar, y debo la existencia al cuidado de Juan, la impronta grabada en mí Inteligencia Artificial. De cachorro, usted misma me regaló al niño flacucho de cabeza rapada, pálido y ojeroso, conectado a infinidad de máquinas y vías intravenosas, postrado en la cama del hospital privado... Si supiera que también trabajo para usted... sin dudar, me echaría a la calle... Pero con los años, la impronta ha evolucionado, y hoy por hoy, Juan es mi familia y mi amigo por encima de todo. Y no estoy dispuesto a escuchar impasible sus absurdos comentarios ¡No! -resoplaba- Yo, no ayudo a lavar la conciencia de nadie... Señora.

CAPÍTULO I

-¡Bass! Maldita sea ¿Qué pasa con la bebida y los puros? -gritaba, asomado por la puerta abierta de la oficina.

-Juan, recuerdas, sólo soy un perro artificial que se alimenta con comida de perros artificiales. Sí, de esos enormes sacos que almacenas el garaje -respondía sentado en la silla, frente a la mesa recepción, dónde permanecía el teléfono literalmente muerto, pues hacía tiempo que nadie llamaba a la agencia para solicitar sus servicios. Ni clientela que se personase en el pequeño local y ocupara una de las sillas vacías, flanqueadas por la máquina de agua y la planta de interior, que iluminaba el gran ventanal y publicitaba a los detectives Juan y Bass- ¿Quizás, debas preguntar a la señora de la limpieza? ¡También a Azahar! ¿No te parece?

Bass, había pasado la mañana leyendo las crónicas de sucesos, en busca de algún posible caso o cliente.

-¡Socio! -las palmas de las manos golpearon el periódico encima del escritorio. Hizo temblar la antigua máquina de escribir con la que redactaban los informes a la policía, y el flexo. Un mechón de pelo se interpuso a la diadema que cubría la frente, cuya patilla se prolongaba hasta la base del cráneo- ¡No pienso ofenderlas con semejantes preguntas!

-¿Por qué?

-Bass, parece mentira que digas eso de la señora Rosa ¿Acaso porque es cubana, se dedica a fumar mis puros, y beber el ron a escondidas? ¡Por favor! -exclamó- Además, el señor Asad confía en nosotros. Se preocupa del futuro de su única hija. Azahar, por las tardes atiende la recepción de nuestra agencia, aquí estudia y se quita de las malas compañías del barrio.

-Juan, sólo era una sugerencia. Pero disiento con tu opinión benévola del mundo. ¿Sabes que la principal causa de mortandad en este barrio, no es por las supuestas radiaciones de la gigantesca antena repetidora, con forma de platillo volante? La lucha entre bandas criminales

por el control del barrio, locales de juego clandestino y mercado de la droga hace estragos entre la juventud. Igualmente ostenta la mayor tasa de fracaso escolar y paro.

-Bass, la otra cara de la moneda son gente humilde y trabajadora. Padres y madres que se levantan cada día para sacar adelante a sus familias. Jóvenes, cómo Azahar, estudian y se esfuerzan en labrarse un futuro ¿No me digas que en tu programación existen prejuicios? ¿Acaso no merecen una oportunidad?

-Es posible -respondía Bass.

-¡El aliento, echa el aliento, ahora mismo! -increpaba Juan.

-Aaaaaaaaaaagggggggg

-¡Lo sabía! ¿No te da vergüenza? -recriminaban sus ojos verdes aceituna, a la par que acusaba con el dedo- Huele a pozo, hay que cambiar de marca de comida. Pero... ¿Qué me dices del fósforo caído junto al mueble bar? ¡El mismo que sujetan las puertas! -acercó aún más su rostro al hocico del perro, intentando escuchar algún jadeo, expresión de los enormes ojos digitales o parpadeo nervioso que lo delatara, y nada. Finalmente, desistía.

-Juan, es fácil saber si aplicas las tecnologías actuales. Pero te empeñas en que la agencia, y toda tu casa, parezca un museo de antigüedades ¡Incluso la ropa que vistes!

-¿Y qué ocurre a mi atuendo? -respondía Juan- ¿Qué tienen de malo mis zapatos bicolors de tela y charol? ¿Los pantalones “chinos”? ¿Te refieres a la camisa con corbata de seda a rayas? ¿O mi chaqueta de tweed? ¿Acaso me quejo de tu pelaje, y sugiero algún tipo de tinte? -sacó del bolsillo el reloj de cuerda, que prendía la cadena, y miró la hora- ¡A desayunar! -exclamó, y sin dar mayor importancia al tema, entraba de nuevo al despacho.

-¡He encontrado un patrón en las necrológicas! -Bass zanjaba la discusión.

-Curioso, yo también -aclaraba Juan. Se dirigió a los archivadores metálicos que ocupaban el espacio entre la ventana y la esquina de la habitación, y abrió un cajón para tomar la carpeta.

En aquel momento se percataba de los pocos casos resueltos y el excesivo espacio libre que las facturas rellenaban irremediabilmente. Cogía del perchero de pie el sombrero de ala corta, el abrigo de tres cuartos y la bufanda. A continuación marchaba a la mesa y sacaba los guates del cajón mientras, guardaba en los bolsillos, contempló su arma reglamentaría. Nunca la llevaba encima, ni utilizó, a pesar que acreditaba una excelente puntuación en el curso de prácticas que impartió la policía nacional. Echó mano del llavero en el pequeño bolsillo del pantalón de pinza, y estiró el cable de seguridad con la respectiva llave en mano. Cerró. Tomó el casco de la moto, sobre la repisa de radiador de fundición, y metió la carpeta el maletín de cuero. ¡En marcha! -ordenaba- Pero antes...

-¿Es necesario?

-¡Claro! Hace frío

-A veces pienso que estos modelitos son para saciar tu ego.

-Bass, no seas quisquilloso -reprochaba Juan, al sacar de un cajón del escritorio el pequeño abrigo, gorro y gafas, comprados en una céntrica tienda de ropa canina.

-Por favor... el pañuelito no...

-Sí

“Nueve en punto de la mañana” “Nivel de contaminación; Verde” “Veinte de octubre, del año 2200 terrestre” “Quince grados” -marcaba reloj y termómetro digital de calle, delante del local. Juan cerró la puerta blindada y programó el videoportero automático para que grabase los mensajes de posibles clientes. Los negocios del barrio despertaban, poco después que la circulación de vehículos y transeúntes hacia sus trabajos. Juan y Bass sortearon la zanja en la acera, que señalizada por los obreros del ayuntamiento, estrechaba aún más el árbol.

-Adelante -indicó Juan. Se quitaba el sombrero ante la mujer con un carrito de bebé, que venía de frente. La joven, de media melena de fibra de vidrio violeta, hablaba con una amiga

mediante video holograma, proyectado por la montura fina de sus gafas. La animación digital de un osito corría por su abrigo largo plateado, y entretenía al niño.

-Gracias -agradeció la chica de ojos color ámbar, al pasar.

-Eres de los pocos que lo hacen -habló Bass.

-También son ciudadanos. Y tienen los mismos derechos y obligaciones -repuso al proseguir la acera.

-Los Cyborg no son aceptados por buena parte de la sociedad. Más de un humano, la habría empujado.

-Bass, se trata de educación. De cortesía a una mujer. Humana o Cyborg, da igual.

-¿Educación? -se detuvo y los ojos destellaron- Acceso, al registro civil de Madrid. La mujer y el pequeño son Cyborg, fabricados en Francia. Viven en el barrio, no muy lejos de tu casa. Fueron comprados hace una semana. Por un joven de origen ruso, que desembolsó una auténtica fortuna, sin tener cotizaciones en la seguridad social.

-Mikhail ¿verdad?

-Cierto, hijo del jefe mafioso. ¿Acaso éstos Cyborg, tuvieron opción de elegir? Y así ocurre en muchos ámbitos de la sociedad. Por ley, no tienen libertad de pensamiento. Por no hablar de mis predecesores, los Robot.

-Bass...-Juan en cuclillas, acariciaba la cabeza del perro artificial- Los Cyborg en servicios públicos básicos, contribuyen y forman parte de Hispania. Hay muchas personas que agradecen y valoran sus trabajos. Tú, por ejemplo. Eres mi familia, amigo, no una simple máquina.

-¡Lo sé! -Bass movía la cola- ¡Y por eso nos olemos los traseros!

-¡Eh! ¡Serás cachondo! -Juan y Bass dejaron atrás la parada del Bus, repleta de gente que leía periódicos digitales, o resoplaban y miraban los relojes. El bazar chino. La peluquería

nigeriana. El bar “Los amigos”, dónde desayunaban los clientes más tardíos. Asad, colocaba la mercancía de su frutería a pie de calle, y saludó al verlos pasar. Continuaron la arbolada calle de fábricas y almacenes en desuso, reconvertida por ciertos sectores de la sociedad, hasta la tienda de arte y decoración “Luisa”, el artista transexual que les hizo la mesa del salón.

-¡Konichiwa! -saludó escoba en mano, el anciano asiático. La repentina ráfaga de viento deshizo el montón de hojas secas que el señor Lii había barrido junto a su minúsculo restaurante de comida vietnamita, en el bajo de su vivienda.

-Buenos días Señor Lii. Aquí tiene parte del alquiler. El resto, lo compensaré repartiendo su comida a domicilio los fines de semana -excusaba Juan- No hubo mucho trabajo. Un par de gatos extraviados, resueltos gracias al fabuloso olfato de mi perro. Infidelidades, y fraudes en las bajas laborales.

-¡Pelo malo! ¡Fuela, pelo! -amagaba con la escoba, cuando Bass levantó la pata a un taburete de la pequeña barra- ¡Sí, tu lepaltil, glatis!

-Señor Lii, gracias por llevarme a mi casa el otro día, cuando sufrí el desmayo, y por llamar al médico de urgencias. Fue una suerte que estuviera cerca de la cafetería -dijo Juan con tono solemne.

-¡Y también lepalal el toldo pala lluvia! -recordó la gruesa esposa de ojos rasgados, que asomaba tras el mostrador de la cocina.

-Bass, no hay escape posible -susurró Juan. El siguiente edificio, un loft de dos alturas, era su casa. Abrió la puerta del estrecho garaje, sacó la moto, y dejó de pie con la pata lateral extendida, ante el alboroto del perro que agitaba la cola incansable. Cerrada la puerta, guardaba el maletín en la alforja y tomaba asiento. Bass saltaba intentando subir, hasta que Juan le agarró y dejó sentado sobre el depósito. Entonces se puso el casco, los guantes, y colocó las antiguas gafas de motorista, así como las del perro. Y arrancó la estruendosa

Harley Davidson, acompañando los ladridos de Bass.

Juan se incorporó acelerando delante de una furgoneta de reparto. Recorrió las calles de sentido único del barrio, hasta la Gran Avenida de Nueva Dehli. El tráfico no avanzaba, atascado, pues a los autobuses, innumerables ciclomotores, taxis, y motocarros eléctricos que confluían a la arteria comercial, aquella mañana se unía la huelga de rickshaws. Una vez superado el escollo, Juan y Bass prosiguieron, observando coloridos bazares, tiendas de ropa o alimentación, alternados con templos a las divinidades entre edificios de viviendas. Los teatros anunciaban espectáculos de Bollywood, y los cines promocionaban las películas con los actores de moda, que proyectados junto a las taquillas invitaban a entrar. Momentos más tarde bordearon el grandioso templo a Shiva, hacia la circunvalación de Fuenlabrada.

-¡Cómo miran desde los coches! ¿Eh?

-¡Normal! Pero bien lo vale, por todos los impuestos que pagamos. Aparte, los especiales a motores de combustión.

-¿No te gustan los vehículos eléctricos? ¡Quizá, de levitación magnética!

-Jamás -Juan de repente soltaba las manetas y levantaba las manos al cielo plomizo.

CAPÍTULO II

La moto comenzó a invadir el carril izquierdo, con los consiguientes pitidos y ráfagas de luz de los coches.

-¿Pero qué haces? -dijo Bass.

-¡Coge el manillar! -gritó Juan.

Bass apoyó las patas delanteras en el manillar, justo delante del generoso velocímetro y cuadro digital. Sus almohadillas generaron un campo electromagnético que aseguraban al sitio, al mismo tiempo, sus ojos destellaron y accedió a la centralita, el único aparato electrónico añadido a la motocicleta para optimizar el rendimiento del motor de combustión.

-¡Habrase visto! Es la primera vez que hace algo por el estilo, nada propio de su carácter - elucubraba Bass, cuando volvía a centrar el vehículo en el carril, y Juan echaba mano de la alforja- ¡Jesús! -proseguía murmurando- Recuerdo como si fuera ayer los meses dedicados a encontrar la máquina clásica, un pedazo de chatarra, y el diner al pagado al propietario que vivía al Oeste de Hispania, o la antigua Portugal antes de unirse a la nación de España. El posterior transporte al loft, que financió el crédito que avala su vivienda y ahorros del trabajo desde que terminó la universidad, a la cual pudo acceder gracias a las magníficas notas obtenidas en la enseñanza obligatoria. Nunca aceptó dinero, ni la comodidad que ofrecía su Familia. Es más, la relación con madre y hermanastros, fue mala a temprana edad.

-¿Cuál es el patrón que has encontrado en las necrológicas? -preguntaba Juan, carpeta en mano.

-Y los días libres que pasamos buscamos piezas en los desguaces, tiendas, y más particulares - cavilaba- ¡Cabezón! ¡Cómo toda su santa familia! Hasta que reconstruyó la moto en el pequeño taller del garaje- El dedo pulgar, -voceaba entonces, alto y claro- que encontraron los basureros. Tenía las huellas dactilares borradas, y el código genético alterado. Así como la

denuncia del cliente al céntrico restaurante exótico, por la uña humana en la sopa ¡Hay ciertas culturas que comen perros! Y éste, era vagabundo, no de granja ¡Ah! Por último, la declaración del indigente. Jura que varios de sus compañeros, primero resplandecen y luego desaparecen en los cartones.

-¡Borrachos! ¿Has rastreado los informes periciales de la policía?

-Sí. Clasificados cómo secretos de estado. Mi troyano aún trabaja en los códigos de acceso. Todos los agentes y personal sanitario que involucran los casos, han sido trasladados o recolocados en otros puestos con generosos sueldos. Todo esto, me huele mal. Muy mal.

-¡Joder con el sabueso! Disculpa, no aguantaba las ganas -dijo Juan.

-No hablaba de tus flatulencias.

-He movido algunos hilos, favores que me deben ¡Y estás en lo cierto!

-¿Por cierto, a dónde vamos? -preguntaba Bass, cuando el indicador luminoso parpadeaba, y la motocicleta se incorporaba a la autovía de Extremadura, sentido Madrid.

-A desayunar en la cafetería del Hospital público Jiménez Díaz.

-Raquel ¿Verdad?

-¿Y qué? Puede facilitarnos el acceso a uno de los terminales de sanidad. Además, allí atendieron al indigente que la policía llevó de madrugada.

-He visto crecer a Juan, hasta ser un hombre -cavilaba Bass- Sufrir lo indecible, y llorar como un crío por el amor de esa mujer. No le culpo, ni excuso. Sí, Raquel. Se conocieron por casualidad en el transporte público de la tecnificada capital de Hispania, curioso, si tengo en cuenta que habitan diez millones de personas, y no contabilizo los municipios. Por entonces, el matrimonio de Raquel estaba en crisis y tuvo una relación extraconyugal con Juan. Bajo mi punto de vista, ambos se utilizaron. Amaron y odiaron. Aunque Juan se enamoró, y fue el más perjudicado. Sí, Raquel, siempre elegante. Distante o cercana. Raquel, siempre arreglada. Su

perfume duraba varios días en el loft, y aturdía mi sentido del olfato. Y ese escote... hipnotizaba cuando me acariciaba la cabeza. El contoneo de caderas e infinitas piernas, cada vez que abandonaba la vivienda. Desde luego, si fuera humano, también lo daría todo por esa mujer.

-¡Babeas! -alertaba Juan.

-De eso nada -Bass, se percató entonces que su lengua sonrosada se agitaba fuera de la boca.

-¿Te gusta conducir, verdad? -a la altura de Alcorcón se alzaba uno de los puntos turísticos relevantes de Hispania, el estado de EuroVegas. Gracias a sus zonas comerciales y vacacionales, pero sobre todo por sus casinos, bajo la jurisdicción de la base militar estadounidense.

-Los sentimientos son reacciones químicas de los humanos. Además, he tenido que tomar el control por tu falta de responsabilidad.

Pasado el nudo sur de la M40, Juan y Bass tomaban la vía de servicio de Cuatro Vientos, paralela al tren magnético que levitaba sobre la vía, cuando un Guardia Civil de tráfico les adelantó con las luces encendidas. El letrero luminoso ordenaba que se apartaran al área de servicio, y así hicieron.

-¡Buenos días! -saludó el agente de la benemérita nada más levantar la visera del casco- ¡Documentación, y papeles del vehículo, por favor! -el haz luminoso dispuesto en la hombrera del exoesqueleto robotizado, escaneaba los papeles que sostenía en las manos entretanto, una de las cámaras enfocaba e identificaba a Juan y Bass, la emisora que colgaba del pecho acorazado, junto a la bandera del cuerpo, pitaba y a continuación una voz anunciaba los incidentes o denuncias, requiriendo a los agentes cercanos al lugar de los hechos- Todo correcto -devolvía los papeles a Juan, una vez que cotejó los datos y la Central dio el visto bueno- ¿Conduce en modo automático?

-Por supuesto, señora agente. Perdón, señor... señorita... ¿Acaso piensa que conducía mi perro?

-Verá... -la joven extendió el guante robótico y de la palma surgió el informe holográfico- mi ordenador indica que la centralita de su motocicleta está pirateada. Los ojos de Bass destellaron y sus contramedidas electrónicas alteraron el informe tras la interferencia. Vaya, -exclamaba- parece que hubo una confusión ¡Juraría que conducía su perro! -reía.

-¿Mi perro? ¡No! -Juan soltó carcajadas mientras Bass, ladraba y movía la cola.

-¡Bonito perro! -dijo la joven guardia civil, a medida que el casco se desarticulaba en el reposacabezas- Yo tengo uno igual.

-¿Macho?

-¡Hembra! -Bass saltó de la moto. Olisqueó los patines magnéticos y propulsores luminosos en los talones de las botas, que levitaban a un palmo del suelo. Después, se apoyó en la pierna robótica, con el arma reglamentaria enfundada. Ladraba mientras le acariciaba la cabeza- Vivo en Fuenlabrada -continuó- Yo y mi perrita, Clara, paseamos por las mañanas en el Parque de la Solidaridad. O vamos al Retiro los días libres.

-Estupendo... Paula -leyó el nombre en la placa de la otra hombrera, repleto de antenas- ¿Entonces... nos vemos, mañana?

El casco se articuló de nuevo, protegiendo la cabeza. Cerró la visera y saludó. El generador eléctrico acoplado en la espalda, silbaba, y el Agente con armadura robótica de una zancada salió muy rápido a la carretera.

Juan y Bass abandonaron los surtidores eléctricos, siguiendo los cuarteles rehabilitados de campamento, ya que el servicio militar fue impuesto de nuevo por la OTAN. Alcanzaron el acceso a la casa de campo, con prostíbulos legales. Y tomaron el túnel de Príncipe Pío, bajo el río Manzanares, siempre atentos la velocidad controlada por radares. Por el carril derecho de

las bifurcaciones, se incorporaban a la vía de circunvalación soterrada. Nada más salir a la superficie, flanqueaban la radial enormes árboles, edificios y casas viejas. Juan y Bass poco después del teleférico, tomaban la M30, hacia la glorieta de Cristo Rey.

-Espera aquí -dijo Juan, una vez que aparcó la moto cerca de la entrada principal de urgencias. Juan pasó las puertas automáticas del edificio. En el mostrador de información, frente la sala de espera que iluminaban fluorescentes y la claridad del gran ventanal, atendía Raquel. La enfermera reía con su compañera. Pero nada más ver a Juan, quedó en silencio. Sorprendida. La expresión se tornó seria, y no pudo disimular el malestar del encuentro.

-¿Qué haces aquí?

-Yo también me alegro de verte.

-Estoy muy feliz con mi hijo y marido. Eres un error, del que me arrepiento. Y agradecería que te marcharas.

-Vengo por trabajo -dejó la carpeta en la mesa y mostró el informe, apropiado de forma ilícita, con las fotos de los mendigos- La policía les trajo el otro día en el turno de noche. Uno en estado de shock, y el otro sufría cortes y golpes graves. La declaración dice...

-¡No puedo dar esa información! ¿O después que casi arruinas mi matrimonio, pretendes que pierda mi trabajo?

-Raquel ¿te obligué?

-¡Vete! Desaparece de mi vista o llamo a seguridad. Jamás se te ocurra volver a molestar

¿Está claro?

-Raquel...

-¡Seguridad! -gritaba una y otra vez.

-La compañera que atendió al mendigo, puede estar en peligro -Juan dejó una tarjeta sobre el mostrador- Llama a cualquier hora, si algo sucede.

Juan y Bass marcharon a la cafetería del hospital. Desayunaban sin decir palabra, entre personal sanitario, enfermos en batas y familiares que charlaban ruidosos.

-¿Qué esperabas?

-Bass, prefiero no hablar del tema.

-La vida sigue, Juan. Siempre adelante, ni un paso atrás. Recuerdas tu servicio militar en la Legión. Melilla. Gran Capitán. ¡Soy el novio de la muerte...! -cantaba- La Madelón es Virgen... y una Santa... La Madelón, a todos trata igual... Ofreció, su amor a todo el mundo, del Legia al Capitán...

-Socio, basta ya... -reía Juan.

Juan y Bass momentos más tarde montaban en la moto, pero cuando estaban a punto de irse, Raquel salía del hospital visiblemente nerviosa.

-¡Juan! -exclamó con la voz entrecortada y lágrimas en los ojos- ¡Mi compañera, del turno de noche, se ha suicidado!

-Calma, por favor.

-Mi amiga Cristina, es la persona más cabal y feliz que conozco. Es imposible, que como informan, mezcle un frasco de antidepresivos con alcohol ¡Imposible! Ni siquiera llegó a su casa, la encontraron en su coche calcinado -sollozaba.

CAPÍTULO III

-Otra compañera, me ha dicho que anoche un fallo informático borró todos archivos de ingresos. Aparte, los militares trasladaron un cuerpo del depósito, el otro mendigo ha desaparecido. Al igual que sus objetos personales.

-Raquel -Juan la agarró de los hombros, y el contacto le estremecía- Olvida del tema, y no lo comentes. Bass y yo nos encargamos. Sólo necesito un objeto personal, o prenda de Cristina ¿Es posible?

-Esta mañana hubo un incendio en las taquillas de los vestuarios. Espera... -por un momento, se quedó pensativa- nos cruzamos, y me dio dos besos antes de salir del trabajo.

-¿Por favor, puedes acercar el rostro a Bass? -Raquel, así lo hizo- ¡Bass, necesito tu Olfato! - las carcasas del hocico se abrieron en mariposa y dejaban al descubierto el sistema tubular olfativo, terminado en la nariz biomecánica, los orificios nasales respiraban rápido. Las carcasas se agitaban al compás de los anillos de luz. De repente, el hocico volvía a su ser. Bass ladraba con fuerza, inquieto en el sitio- No llames, yo te localizaré -despedía con la mano.

La motocicleta circulaba a toda pastilla por las avenidas de peaje, elevadas del tráfico congestionado de Madrid, que en algunos tramos sobrepasaban los grandiosos rascacielos de oficinas.

-¿Y ahora?

-La salida Norte, A6. -cuando Bass rastreaba, desaparecía la realidad para dar paso a un mundo desdibujado, dónde los olores se mezclaban en mosaicos y cuadros de colores. Para hallar lo que buscaban, debían seguir el sendero que brillaba.

Juan transitaba un viaducto a las afueras de la Ciudad, paralelo a las vías magnéticas del transporte ferroviario. Bass, le indicó con el hocico y tomaron una desviación que descendía a

niveles sin tráfico rodado. La carretera moría junto al gigantesco pilar de hormigón que alzaba la autovía, a puertas de las Fábricas de reciclaje.

-El rastro sigue hacia las favelas ¿cierto? -preguntaba Juan, al parar.

-¡Cierto!

-Bass, no debemos entrar así vestidos, levantaremos sospechas. El factor sorpresa es clave para encontrar el mendigo -Juan dejó al perro en el suelo, y escondió la motocicleta entre cartones. Después, volvía con ropa andrajosa buscada en los montones de basura cercanos-
¡Toma, socio!

-¿Un pañuelo asquerosos? -reprochaba, el perro de mirada triste.

-En efecto, y ahora mismo te lo pongo.

-Mundo chatarra... mundo basura -murmuraba Bass, mientras miraba a los lados- Habitan personas marginales de todas razas. Así como robots obsoletos, que ha dejado de lado y rechaza la Ciudad próspera y colorida. Algunos, se esconden del pasado. Otros, viven atrapados en las favelas -caminaba a la vera de Juan, entre chatarra y coches de desguace, tras los muros de la monstruosa Fábrica automática- Hunde su colosal electroimán en las montañas de chatarras, que los camiones o trenes de mercancías vierten sin descanso desde lo alto, las veinticuatro horas, y alimenta el corazón eléctrico. Pero el engendro mecánico, -olisqueaba el suelo- no está solo, no. Su hermano gemelo también devora toneladas de residuos orgánicos e inorgánicos. Enfrente uno del otro, la gula no tiene fin. Las Fábricas devuelven la materia reciclada, purificada, por medio de grúas elevadoras al convoy ferroviario que transporta a otras fábricas de la Ciudad, próspera y colorida.

-Socio, he aquí la entrada a “Neverland” -Juan indicaba al estrecho agujero de la pared, bajo el graffiti- “Si entras, date por muerto” -leía debajo- “Si estás muerto, entra“- ¡Pues vamos a ello, socio!

Las montañas de residuos desbordaban en algunos tramos los muros de contención. Chatarra y basura, estrechaban aún más a ambos lados el corredor que dejaban las Fábricas. Apenas iluminado por los escasos fluorescentes que funcionaban o parpadeaban, los pestilentes fluidos también encharcaban la maltrecha calzada.

-¿Todavía rastreas el olor?

-Por favor, ya tengo mis años, pero el prototipo olfativo es único y...

-Lo has perdido ¿Verdad?

-Lo siento Juan. La mezcla de gases y olores, lo ha disipado. Podemos seguir la última dirección que, con un poco de suerte, será en línea recta.

Anduvieron un buen rato. A medida que las laderas de residuos se acumularon en altura, formaban un profundo desfiladero, tal, que la vista no alcanzaba ver el cielo nuboso. Llegado el momento en que las cumbres se juntaron, el estrecho corredor daba paso a una cueva en penumbras.

-Bass ¿Me podrías proporcionar datos de aquellas luces de linternas? -se agazaparon detrás de unos bidones.

-De acuerdo. Accediendo a visión nocturna, y aumento de óptica -susurró Bass- Detecto el calor corporal de cinco personas, además acompaña un Robot. Se dedican a buscar basura electrónica. Llevan restos de oro, plata y cobre en los bolsos ¡Juan, van armados con objetos punzantes! -alertaba.

-Socio, no hay vuelta atrás -puesto en pie, continuó el camino.

-Muchachos, tenemos visita -alumbraba el indigente vestido con harapos y de sonrisa mellada, cuando Juan y Bass llegaron al lugar- ¡Y nos trae comida! -rieron muy bajo los demás, enfocando al perro- ¡Dame lo que lleves encima! -amenazaba, con el palo de clavos en alto.

-Señores, podemos llegar a un acuerdo -dijo Juan.

-¿Acuerdo? -replicó uno de ellos cuchillo en mano, y soltó fuerte carcajadas, interrumpidas por el palo clavado en su cabeza. Al momento se velaron los ojos y brotando chorros de sangre por la barba mugrosa, se desplomó en el suelo. Rápidamente, otro indigente se agenciaba el bolsón.

-Silencio... -tapaba los dientes mellados- ¡Estas, son las condiciones! -indicaba con el palo ensangrentado al Robot. Los ojos brillaron en la pequeña cabeza de lata, encima del antiguo horno de panadería industrial, y que gracias a las orugas tractoras dispuestas en la base, destacaba despacio del grupo. Su brazo robótico abrió la puerta y sacó del interior un cuerpo calcinado, que tiraba al suelo- ¡Ves, el señor no quiso colaborar! -murmuraba el mellado.

-¿Bass, qué distancia queda hasta la salida?

-Si de verdad eres un atleta... Hay que dar cuatro pasos atrás.

-¡Mellado! -gritó Juan, al mismo tiempo que caminaba de espaldas con el perro.

-Te voy a... -el indigente alzó el palo con clavos, pero cuando estaba a punto de golpear, un montón de basura le aplastaba contra el asfalto.

-¡Ahora Bass! -el eco del fortísimo ladrido se perdió en la garganta de basura y chatarra, y reverberó hasta desaparecer.

-¡Adelante! -gritó Bass, cuando Juan se lo echaba al hombro y las montañas de residuos empezaban a rugir sobre sus cabezas.

-Socio, dame luz..., -los ojos de Bass alumbraron de inmediato la cueva- y necesito que me orientes.

Juan corría como alma que llevaba el diablo, junto al Robot y el grupo de harapientos detrás. Sin dudar un solo instante del camino que indicaba el perro, esquivó al paso la chatarra derrumbada el techo. Al poco tiempo, los indigentes más lentos fueron sepultados por las basuras. El Robot en su desaforada carrera, arrolló a otro de ellos y golpeaba al último ratero

interpuesto en la huida.

-¡Para aquí! -ordenó Bass. Juan con el perro acuestas, respiraba hondo y fuerte extenuado por la carrera, sorprendido por la decisión, mientras observaba cómo el Robot se alejaba hacia la claridad de la salida. De repente, el final del túnel se oscureció y la techumbre aplastó al Robot. De la chatarra sobre sus cabezas, surgía un gigantesco tubo de acero que cayó de pie y los atrapó dentro- ¡Corre! -gritó Bass, a medida que la tubería se vencía- ¡Corre! ¡Hoy, no moriremos aquí! ¡Corre! -animaba, pues las fuertes sacudidas le hicieron tropezar en el conducto metálico- ¡Salta con todas tus fuerzas! -ordenaba, una vez que finalizaba el túnel- ¡Y encoge las piernas! ¡Ahora!

Juan y Bass salían al exterior en el momento que cesaba el alud a los pies de las montañas, y cayeron sobre neumáticos. En aquel preciso instante, una afilada chapa se clavaba en el sitio y rebanaba la suela de los zapatos juntos.

-¿Todo bien, verdad? -Juan puesto en pie, se manoseaba el cuerpo- ¿Y tú? -cogió a Bass del suelo, y miró de arriba a bajo. De seguido, alzaba encima de sí- ¡Aún puedes ser padre! -gritó, y dejó otra vez en el suelo.

-Juan, nos hará falta -Bass señalaba al bolsón del suelo, que mostraba los relucientes circuitos impresos- En este lugar no sirve el dinero, sólo el estraperlo o intercambio de favores.

Juan y Bass tomaron la única salida posible, el puente metálico sobre la central termoeléctrica que proporcionaba energía a ambas Fábricas, pues a los lados sólo había cimientos de considerable altura. Más tarde, proseguían el paso elevado del caudaloso torrente de agua que canalizaban las torres de refrigeración, cuando sonaron las sirenas, y acompañaron luces de emergencia en las instalaciones. En aquel momento, la compactadora del suelo se elevaba por encima de los muros de contención, entonces, los poderosos cilindros empujaron los paneles de barrido-compactación de basura a ambos lados. Tras unos minutos, la compactadora volvía

a su posición original y el corredor entre las Fábricas se despejaba de forma parcial. Caminaron el laberinto de pasarelas, hasta alcanzar la muralla del basto recinto. Juan siguió a Bass con el hocico a ras de suelo. Después de media hora de olfateo, se detuvieron junto al montón de chatarra apoyado en la pared.

-Es aquí

-¿Detrás?

-No, al lado ¿No lo ves?

-¿Dónde? Sólo hay muro -afirmó Juan.

-¿Seguro? -Bass tocó la superficie. Las ondas se propagaban y rebotaban en la superficie rectangular- ¡Camufla la entrada! -y traspasaron la imagen digital del muro.

CAPÍTULO IV

-Observa las paredes del pasillo ¡Están pulidas! -alumbraba con el encendedor.

-Perforadora industrial, -olisqueaba la superficie- con cabezal láser de amplio espectro. Los lugareños no se andan con tonterías -respondía Bass, a medida que avanzan.

Recorrieron el estrecho túnel y dieron salida al otro lado del muro de las Fábricas, delante de contenedores amontonados, tras las primeras chavolas. Para la sorpresa de ambos, esperaba un nutrido grupo de rumanos que ocupaba un puesto de control.

-¡Buenos días señor! -saludaba la anciana gitana, sentada a la mesa que protegían dos jóvenes armados con Kalashnikov- Bienvenidos a la barriada Rumana. Si quiere disfrutar de nuestra hospitalidad, debe abonar la tasa correspondiente.

-Mucho gusto Señora, y compañía -saludaba a otros rumanos calentándose las manos alrededor del bidón en llamas, próximos al carro con el caballo suelto, que pastaba la hierva del terreno- ¿Cuánto sería?

-¿Qué llevas en el bolsón?

-¡Basura, si comparamos con esto! -Juan apartaba el sayo de andrajos y metía la mano en el bolsillo interior del abrigo. Dejó los puros encima de la mesa, además de varias botellitas del mejor whisky- Aquí tiene la auténtica alegría del cuerpo y el espíritu.

-Joven -cogía un habano y lo pasaba por la nariz, aspirando hondo- ¡Esta anciana cuida el cuerpo! -acto seguido, daba un buen trago y vaciaba una botellita- Y sobre todo, el espíritu ¡Adelante! Estás en tu casa -acariciaba la cabeza de Bass, que olisqueaba las botas.

-¿Bass, puedes olfatear el rastro? -preguntaba Juan.

-Lo siento, no puedo. Pero el último registro indica las construcciones de los cerros lejanos.

-¡Muchacho! -llamó su atención un Robot maniquí, vestido de cazador, que llevaba colgado del hombro un rifle de francotirador mientras otro, con atuendo de camionero, sujetaba en brazos un niño maniquí colegial- ¿Por casualidad, has visto unos señores en las basuras?

-Llevamos toda la mañana a la espera -resoplaba el niño.

-¡Ese maldito mellado, se burló de nosotros! -maldijo otro maniquí femenino, con atuendos de explorador- ¡Le pagamos por adelantado!

-¡He encontrado algo! -gritaba un maniquí granjero con cinturón de herramientas, que alzaba en alto una placa base encontrada entre coches desguazados.

-Déjame echar un vistaza -pedía el camionero.

-Veamos -después de dejar al niño artificial en el suelo, cogía la lupa electrónica de un bolsillo del chaleco y enfocaba al circuito. Aumentando la imagen de la lente, observaba atentamente- No, el microprocesador no sirve.

-Quizá, más adelante.

-Señores, éste es el final del camino -dijo el cazador- Hemos peinado todo el distrito Rumano de Neverland.

-¡Necesitamos el recambio para que el camión arranque! -urgía el conductor.

-Siento recordar, -interrumpía el niño- que debemos llegar al “Mercado” a tiempo.

-¿Les interesa hacer un trato? -Juan, mostraba los componentes electrónicos del bolsón abierto.

-Humanos -miró de soslayo la exploradora- ¡No queremos nada, de los humanos!

-No hay más opción -contradijo el camionero.

-Cierto -secundaba el niño- El “Mercado” cierra en dos días.

-¿Qué propone, joven? -preguntaba el cazador, rizando sus largos bigotes postizos.

-¿En qué dirección van? -preguntó Juan.

-Hacia el Sur -señalaba los cerros lejanos.

-Si nos llevan, les daré a cambio el circuito impreso que necesitan -probaba suerte, ya que en realidad no sabía qué necesitaban ni que había en el bolsón- ¿Aceptan?

-¡No! -exclamó la exploradora.

-Déjame ver el material -requería el camionero- Buscó atento en las diversas placas bases del bolsón abierto, hasta que se decidió por una y la observó con la lupa digital. Al instante, la sonrisa bajo la barba daba el visto bueno- ¡En marcha, señores!

El camionero conducía la autocaravana todoterreno, con el remolque de caja cerrada, entretanto tataba la música que puso antes de partir. Juan de pie y con Bass en brazos, se apoyaba en la ventana. Miraban el extenso paraje de encinas, chavolas y edificaciones a medida que avanzaron por la irregular carretera de tierra. El Robot granjero, sentado junto al niño, repasaba sobre la mesa el inventario del género que transportaban. El cazador ocupaba la torreta. Y la exploradora, estaba al cargo de los mecanismos de visión de la cúpula del techo.

-¡Despejado! -afirmó el maniquí femenino, cuando bajó- Voy a dormir -batió la litera libre del fondo, encima de las otras que habían ocupado el niño y el granjero.

-¡Tiempos difíciles! -el cazador descendió las escalerillas, sin el arma- ¿Quieres tomar algo? - Juan, en aquel momento se acordaba que no había comido, y las tripas comenzaron a rugir. El cazador abrió la pequeña nevera, sacaba la cantimplora de agua y la bandeja plateada, que introdujo en el microondas hasta que sonó el timbre. A continuación la dejaba encima de la mesa, con cubiertos y servilletas cogidos del cajón.

-¿Qué demonios haces? -la exploradora, se levantó el sombrero de la cara.

-Tranquila, le doy mi ración del día -aclaraba- Me llamo Christopher -extendió su mano de maniquí robotizado.

-Juan -correspondía el saludo-, y mi socio Bass -refería al perro tumbado- ¿Qué le pasa a tu compañera? -preguntaba, a la vez que tomaba asiento. Al quitar la tapa del recipiente con papilla orgánica, desprendía vaho.

-Cristina, al igual que los presentes, trabajó durante años en un lujoso centro comercial de la Capital. La Empresa, un buen día decide renovar la plantilla de trabajadores maniquís por Cyborg. Y en vez de arreglar nuestros papeles del paro, con el finiquito de obra y servicio que correspondían, nos trasladaron a un desguace clandestino de las afueras. Los que conseguimos escapar, nos refugiamos en Neverland. Otros no tuvieron tanta suerte, como su marido e hijos. Para ser sincero, odia a todo los humanos. Así que mejor mantente alejado. No es nada personal ¿Comprendes?

-Lo siento. Pero no todos los humanos, son así -excusaba Juan.

-¿Ves aquella lujosa vivienda? ¡En lo alto de la colina! -señaló- La que custodian los carros de combate.

-Si -afirmaba, acariciando la cabeza de Bass que había subido al asiento y miraba por la ventana.

-Allí, vive Clarisa. La Matriarca del pueblo Rumano. Cuando Cristina y yo nos encontramos con los demás, somos parias. Y en Neverland, por encima de todo, necesitas un hogar dónde vivir. Acudimos a Clarisa para que nos prestara dinero, a un alto interés, y así poder llevar a cabo nuestro proyecto. Aquel mismo día, contratamos un porte por teléfono.

-El camión de reparto llegó a la estación automatizada de residuos, en la autovía elevada, y estacionó frente a las tolvas de las Fábricas ¿Verdad? -vaticinaba Juan.

-En efecto. El conductor y su acompañante cargaron a los maniquís embalados, y algunas cajas. Siguiendo las instrucciones dadas, nos llevaron a los almacenes del centro comercial, si, a nuestra antigua Empresa. Aprovechamos que se celebraba la final del mundial de futbol Hispania-Grecia, y sorteamos los controles de seguridad. Toda la operación fue orquestada por Jesús -señaló al niño maniquí que dormía-, un genio de la informática. Previo tramite de los documentos administrativos, pertinentes al lote de maniquís, figuramos como devolución

de otro centro comercial de la misma empresa. Una vez que pirateamos los sistemas de vigilancia y anulamos al guardia de la puerta acorazada, campamos a nuestras anchas.

-¿Anular? -Juan, se sorprendía.

-¡No pienses mal! -reía el cazador- Los delitos de sangre son contrarios a nuestra programación. Quiero decir, que durmió gracias al dardo con narcóticos. Reventamos la caja fuerte y limpiamos toda la cuantiosa recaudación de navidad. Horas después, el mismo camión hizo el porte de vuelta. Así, pudimos saldar la deuda con Clarisa. Comprar tierras para explotar ganado y cultivo, también -Christopher, se levantaba de la mesa y volvía al puesto de torreta.

La tarde se cerraba en lluvia. La autocaravana con remolque blindado, atravesaba los valles flanqueados por árboles y favelas que construidas una encima de otras, parecieran venirse abajo en cualquier momento. De los tejados de chapas oxidadas, sobresalían chimeneas humeantes, así como antenas, parabólicas, depósitos de agua y postes de madera que distribuían los cables de corriente eléctrica, enganchados a cuadros de luz de las Fábricas. Los angostos caminos, sin transeúntes en aquel momento y convertidos en riachuelos, delimitaban numerosas parcelas valladas, dónde los plásticos servían de invernaderos o protegían huertos, junto a corrales de animales. Dejados atrás los cerros, el vehículo recorría la carretera que cruzaba la extensa llanura hacia su destino, con las montañas y sus poblaciones iluminadas de fondo, hasta que desapareció de la vista la Ciudad próspera y colorida.

-¡Por fin! -la exploradora chilló adrede.

Juan y Bass despertaron sobresaltados, por el grito.

-¿Esto es Neverland? -cuestionaba Juan, al observar por la ventana infinidad de puestos ambulantes ya montados, y la torre de control lejana.

-Sí, el núcleo urbano. Neverland, en realidad, es un conjunto de edificios y comercios

asentados en las pistas del antiguo aeropuerto -explicaba el granjero- Si quieres algo, aquí lo encuentras. Y si vendes algo, alguien pagará.

-¡Señores, a trabajar! -ordenaba el camionero. Había estacionado marcha atrás el remolque en el sitio que correspondía del fabuloso mercadillo. Contiguo al puesto de los feriantes que levantaban las coloridas atracciones infantiles, de música atronadora.

-¡Muchacho! -estrechaba la mano el cazador, una vez fuera- ¡Ten cuidado!

-Suerte con la venta -despedía Juan a los demás maniquís, que transformaban el remolque en puesto de mercancía electrónica. Pero sólo obtuvo la espalda y silencio.

CAPÍTULO V

-¡Juan, no hay rastro! -Bass caminaba a su vera, ladrado de vez en cuando por alguno de los perros atados a los camiones o vehículos, tras los puestos de baratijas, exquisiteces o curiosidades únicas, a ambos lados del larguísimo pasillo.

-Socio, vamos a los antiguos hangares. Haber si hay algún bar dónde se pueda cenar. Y de dormir, nada. La mejor información se consigue de madrugada en los tugurios.

-La Torre de control, es el centro neurálgico del grandioso Mercadillo- comentó Bass, transitando el enlace al corredor de alimentos- A diferencia del resto del aeródromo, con parcelas ocupadas por puestos de las diferentes poblaciones étnicas de Neverland, dentro de cuatro zonas muy marcadas; los rumanos al Norte. Africanos y Musulmanes, al Sur. Sudamericanos al Oeste. Y rusos al Este. Aquí, los establecimientos y locales son comunes para todos los habitantes de Neverland, que como norma general, sólo compran los productos básicos en los puestos de sus zonas, y rara vez se aventuran en otras.

-Entonces, es más fácil que encontremos el rastro ¿No? -dijo Juan.

Nada más llegar a la torre de control, medio derruida, las prostitutas salidas al paso ofrecían sus servicios. Juan y Bass no hicieron caso de los insultos y prosiguieron su camino. Pasaron de largo escaparates que iluminaban y exhibían mujeres humanas, Cyborg y Robots femeninos semidesnudos. En los locales de juegos contiguos, las peleas eran frecuentes y continuaban en las puertas de acceso, ante la pasividad de los porteros armados. Sortearon a borrachos en el suelo y algún que otro cadáver, también. Tampoco atendieron al reclamo de siniestros individuos en lúgubres callejones, prometiendo mercancías a buen precio. En la antigua terminal, reconvertida en viviendas, los establecimientos ofertaban contrabando de órganos humanos o artificiales, en tarros de formol expuestos en las vidrieras. Incluso los médicos clandestinos operaban a buen precio. Además de drogas de diseño o naturales,

bebidas y tabaco, en el primer hangar se comercializaba con armas de todos los calibres. Traficaban, falsificaban, borraban o conseguían cualquier documentación, pero el artículo más caro por encima de todos, sin dudar, era la información. A Juan no le estremecía la miseria por doquier del mundo de los adultos, sino la desgracia de niños que mendigaban en la calle a expensas de su suerte.

-Socio -ofrecía uno de los últimos habanos-, hazme el favor. Entra en el bazar y lo canjeas por aquello del escaparate -señalaba. Próximo a éste, había un charlatán encima de un púlpito. Leía salmos del libro en el atril y predicaba al aire, pues nadie hizo caso, ni él a la pequeña niña que lloraba a sus pies, sentada en un charco. Juan la cogió en brazos y en seguida secó con su abrigo. Apartó el pelo sucio y encrespado de la carita. Secó las lágrimas y limpió los mocos claros de la naricita con su pañuelo. La dejaba con cuidado en el suelo, cuando Bass salía del establecimiento- ¡Señorita! -en cuclillas, sopló y anudó los coloridos globos en forma de perro- ¡Para la niña más bonita del barrio! ¡La bolsita de chuches! ¡Y toma, el paraguas con orejas y cara de gato! -.Lo abría, antes de entregárselo.

Otra niña de más edad, llegaba a la carrera. Cogía la mano de su hermanita y juntas marchaban hacia los puestos mientras la pequeña se despedía, con el perrito de globos bajo el paraguas.

-¿Empezamos por los comunistas? -propuso Bass frente la fachada del negocio steampunk, próximo a los hangares convertidos en bulliciosos tugurios.

-¿Revolución Industrial? -leía los filamentos eléctricos dispuestos encima de la entrada metálica con remaches, e incandescentes, según el viento que atrapaba el aerogenerador de pared- ¡De acuerdo! -Juan presionaba el pulsador rojo y al instante, la puerta corredera se desplazaba entre chorros y silbidos de vapor, escapados de los engranajes, para dejar el acceso libre.

-¡Bienvenidos! -habló el autómata de motor a carbón, tras la recepción. Al mismo tiempo que un potente foco del techo sumía en penumbras el entorno, caía un velo acústico- Hoy está de suerte, caballero. Pude disfrutar de la actuación en vivo del grupo “Matrioska”, recién llegado de la patria madre. En la entreplanta de nuestra fábrica, las camareras sirven vodka y absenta, si gusta, hasta desfallecer, ya que no somos responsables legales, ni los padres de nadie, mientras preciosas señoritas bailan por las pasarelas. Pero si quiere saborear la gastronomía natal, ahora mismo le asigno una mesa magnética ¿Qué decide? -reprodujo la voz metálica. Parpadearon los grandes ojos anaranjados y escapó vaho de su cabeza cubo.

-La mesa y una silla para mi perro. Por favor.

-¡Un momento! -tecleando la máquina registradora, de las ruedas dentadas salía una tarjeta perforada- Le cuesta el doble, señor -mostró a Juan.

-¡Tenga! -volcó los circuitos impresos del bolsón encima del mostrador- Pero antes, me quedaré sólo uno- Juan cogía el circuito de Titánium, material muy escaso, y lo guardaba en el bolsillo interior de la chaqueta.

Los ojos del autómata proyectaron un haz de luz que escaneó la mercancía, a medida que el valor aparecía en el racimo de pantallas de televisión, colgado junto al ropero, atendido por otro autómata- ¡Su saldo permite un plato y dos consumiciones! -entonaba con entusiasmo- Mí compañero les guardará los abrigos, a cambio de una ficha que procuren no perder. ¡Tome, la tarjeta de créditos! ¡Disfruten! -despedía el recepcionista y se apagaba el foco a continuación. Las tenues luces eléctricas del pasillo de engranajes y ruedas dentadas, descubrían entonces a hombres y mujeres, Robots o Cyborg vestidos con peculiares atuendos. Ocupaban el espacio entre la barra y los cómodos sillones enfrentados. Llegaron murmullos y música de fondo al desaparecer la barrera sónica. Juan y Bass dejaban los harapos en el ropero, cuando se acercó la camarera.

-¡Sígueme! -indicaba la joven rusa, de rasgos delicados. Tenía los ojos azules, maquillados de violeta, al igual que los labios con piercing luminoso. El largo cabello pelirrojo rizado, recogido por las gafas de aviador, se movía al compás del vestido con corsé. Así como el arma con engranajes en el cinto de cuero, al contoneo de caderas y a cada paso de los zapatos de tacón grueso. En aquella planta, la pista estaba en penumbras. El gentío congregado se distraía y bailaba con la música de fondo. Atentos del escenario, esperaban a los artistas. Juan y Bass caminaron bajo la entreplanta y vigas retorcidas con válvulas de vacío, hasta un apartado que custodiaba el autómatas de seguridad con porra eléctrica- ¡Ocupen el sitio, por favor! -abría la pequeña puerta del artilugio con forma de cuenco- La mesa, que rodea el asiento semicircular, dispone manómetros y un monitor con los mandos de control de los impulsores gravitacionales, en la base de la máquina ¿La tarjeta perforada? -solicitaba.

-Señorita -ofrecía Juan, ya sentado junto a Bass.

-Se introduce en la ranura del lector cortacorrientes...

-Perdone -interrumpía Juan- ¿Connotación sexual?

-Y giramos la llave de arranque -proseguía la camarera haciendo caso de la gracia, y arrancaba el motor electromagnético. Al momento, fluctuó la energía impulsora en la base y la mesa se balanceó ligeramente. Se encendió la pantalla y apareció la carta, mostrando las consumiciones disponibles para el crédito- ¡Seguro que aún juegas a la videoconsola! -sonreía- Pues el mando conectado al cuadro de instrumentos, funciona de igual manera. Eso es todo -y marchó entre la multitud.

-¿Bass, quieres pilotar?

-¡Cómo no! -Bass pulsaba varios botones y encendía las luces del artilugio volador. Tomó el mando. Avanzó despacio, apartando gente a base de tocar la bocina, hasta que salía a espacio abierto. La máquina se elevaba, entonces. Sobrepasó la entreplanta, dónde el alcohol corría a

mares mientras sugerentes bailarinas vestidas de cuero y corsés de generosos escotes, lanzaban palas de carbón en los hornos. Alimentaban las calderas de la maquinaria que movía el enorme cigüeñal y bielas en el lateral de la Fábrica, y éstos a su vez, los descomunales extractores del techo. Siempre con sumo cuidado de no chocar con otros clientes que levitaban, la mesa de Juan y Bass se acercó despacio al brazo de atraque del restaurante, colgado en la cúpula transparente del techo. Enganchados por la ventosa, expulsaba chorros de vapor.

-¿Qué tomarán los señores? -dijo el autómata camarero, salvando la distancia gracias al cuello telescópico.

-Este plato -Juan tocaba la pantalla-, y de beber, cerveza ¿Y tú?

-Nanotecnología para mis circuitos, necesito un refresco. Una “Nanobot”, cola. Por favor.

-La cocina tardará unos minutos ¡Adelantaré las bebidas! -replicaba, encogiendo el cuello. Puso las consumiciones en una bandeja del mostrador. Estiró al mismo tiempo las articulaciones y su cabeza de lata, hacia la mesa.

-¿Juan, qué demonios hacemos aquí? ¡Deberíamos estar en la agencia, a la espera de posibles clientes! ¿No? He repasado todos los datos disponibles, sin encontrar pista alguna. Y la probabilidad de retomar el Rastro, es casi nula.

-Socio ¿sabes del director de cine, Woody Allen?

-Tu chiquillada, ya dura demasiado. Las facturas se acumulan. Se pagan con trabajos de verdad ¿No te parece? -sorbió la pajita, mirando de reojo a las extrañas parejas que ocupaban las mesas vecinas.

-Me apasionan sus temas predilectos. Las relaciones de parejas y azar, que rige el destino de los seres humanos ¡Sí, el azar! -la música de fondo cesó de repente y las bailarinas dejaron de actuar. Las válvulas de vacío, se apagaron despacio. Al estrepitoso abucheo de la clientela,

seguían aplausos y silbidos, al compás del juego de luces de los grandes relojes del escenario. Del techo surgía un brazo mecánico cuya pinza situaba la descomunal Matrioska en medio de las grandiosas bocinas de sonido. Con la ayuda de otro brazo, aparecido de la nada, los mecanismos abrieron las sucesivas muñecas al mismo tiempo que las retiraban de escena, hasta sólo quedar la más pequeña. Una vez abierta, reinaba el silencio. Y un foco iluminaba la masa de carne embotellada, sobre el escenario.

CAPÍTULO VI

Los cinco artistas movieron poco a poco las cabezas. Giraban y desdoblan pausados los cuellos. Acto seguido, extendieron los brazos y piernas. Retorcían los torsos lánguidos y a medida que se desplegaban en flor, alzaban a la cantante que sostenía un micrófono.

-¡Sed bienvenidos, camaradas! -amplifican las bocinas. De nuevo, los aplausos del público acompañan las luminotecnias hacia los instrumentos que los músicos ocuparon apresurados. El conjunto de rock sinfónico empezó a tocar y se encendieron las pantallas de televisión repartidas por doquier.

-Aquí tiene su plato, señor -interrumpía el camarero telescópico.

-¿Ese olor? -dijo Bass.

-Socio -señalaba con los cubiertos en mano-, un bistec de primera. Con patatas y...

-¡El Rastro! -labraba Bass.

-¡No! -exclamó Juan, con el pedazo de carne pinchado en el tenedor y a un palmo de la boca.

-¡Sí! ¡Vamos! -la mesa se desacopló del atraque del restaurante y descendió a la entreplanta. Sobrevolaron por encima de la multitud congregada en las barandas de seguridad, que coreaba al grupo del escenario. Bass, saltó del artilugio en cuanto tocó el suelo. Corría y ladraba al grupo de obreros con petos y camisas, que en sustitución de las bailarinas ahora avivaban las llamas de los hornos.

-Tranquilo -Juan acariciaba al perro que olisqueaba las botas del hombre de piel morena, cuyo rostro ocultaba el largo cabello encrespado y abundante barba.

-Muchacho, acabas de firmar mi sentencia de muerte -clavó la pala en el montón de carbón, se quitó los guates y secó el sudor de la frente- ¡Estas simples gotas, me han delatado! Enhorabuena. Es un magnífico ejemplar de sabueso ¿Tienes tabaco? -pedía, al mismo tiempo que sonaba una bocina y expulsando chorros de vapor, el resto de obreros se tomaba el descanso. Todos marcharon de la entreplanta.

-Por supuesto -ofrecía un habano y la lumbre del encendedor, descubría rasgos hindúes.

-Verás... -daba un profunda calada- “Te conozco” Y si quieres respuestas, debes encontrar al último científico en “Lugar santo” -un repentino punto azul aparecía en su frente y del agujero, comenzó a brotar sangre por el entrecejo de los ojos velados. Entonces, el destello azulado se extendió a medida que se desintegraba la cabeza. El cuerpo cayó a plomo al suelo mientras era engullido por la mancha azul eléctrico, hasta que a los pocos segundos, desaparecía sin dejar rastro.

-¡Disparo! -gritó Juan, a la vez que buscaba refugio en las primeras vigas férricas. Junto a la pasarela de las bailarinas con sofás y mesas bajas, hechas con ruedas dentadas, y algunas consumiciones casi vacías.

-¡Utiliza camuflaje óptico! ¡Y también olfativo! -alertaba Bass, escondido detrás de otro pilar metálico. Las ráfagas de munición de inmediato deshacían su columna de forja y llegado un momento, tuvo que agazaparse contra el suelo.

-¡Eh! -Juan, prendía el pañuelo introducido en la botella y lanzaba en la dirección que trazaban los disparos azulados. Reventada al caer, el líquido ardió en el suelo y las llamas se propagaron a los pies de la sombra e inutilizaban la capa mimetizada. Revelada la presencia, ésta, sofocaba el fuego con la misma prenda- ¿Por qué no buscas a uno de tu tamaño? -sin pensarlo dos veces, lanzaba un derechazo contra el individuo de traje oscuro y rostro cubierto. El puñetazo le pillaba desprevenido, pues el arma automática con silenciador caía al suelo. Sin embargo bloqueaba con el antebrazo el segundo golpe, hundía su rodilla en el estómago de Juan y con la misma, impactaba en el rostro. Juan anticipó un contragolpe de gancho a la barbilla, siguió el codazo al rostro y patada circular a la rodilla. Pero aquel era un adversario duro. Pues lejos de caer, encadenaba los mismos golpes contra él, quien sí dobló la rodilla en el suelo.

-¡Maldito! -respiraba hondo y escupía sangre, al ver como de nuevo recogía el arma. Entonces, el sujeto vestido de oscuro le disparaba a temarropa en el pecho. Bass salió del escondite, ladraba con rabia y mordía la pierna del sicario. Aguantó varias patadas, antes de soltar y caer magullado al suelo.

-¡Nadie, toca, a mi perro! -gritó Juan entre gemidos de Bass. Se incorporó despacio, todavía escupiendo sangre del labio partido, ante la sorpresa del asesino a sueldo. Del bolsillo interior sacó la placa de Titánium, esfumándose en el resplandor. Extendió la mano y brillaron sus anillos, así como la diadema de la frente. Las descargas de disparos impactaban en el campo de fuerza que le protegía. Los globos azulados se sucedían entorno a él mientras el sicario gastaba los cargadores. Pronto comprendió la inutilidad de la acción y apuntó al perro tendido en el suelo. Juan alzó la otra mano y detuvo varios disparos en el tiempo y espacio, junto a la cabeza de Bass. Juntó las manos en una sonora palmada. La onda de fuerza empujó al personaje con tal virulencia, que atravesó el techo reforzado del edificio. Juan alzaba las manos e hizo que el pistolero saliera despedido a gran altura. Después las bajó, y el sicario dejando una estela de fricción del aire, se estrellaba contra el abrupto terreno a las afueras de Neverland, provocando un cráter.

-¿Señor, qué ha ocurrido? -preguntaba la joven camarera a la carrera, acompañada por un autómatas de seguridad.

-¡Socio! -Juan tomaba al perro en brazos, ante de desfallecer.

-¿Bass, qué ha pasado esta vez? -preguntaba la acaudalada mujer, sentada en el mismo sillón

de lectura, bajo la tenue luz de lámpara de pie. Marta, cómo de costumbre en cada visita, preparaba el café en la cocina americana. Las mismas enfermeras pero con distinto médico, atendían al joven postrado en la camilla biomédica, mientras los escoltas aseguraban del loft.

-Señora, si me permite hablar con total sinceridad...

-¿Bass? -alzó la fina ceja. Después de soltar la bocanada de humo, dio dos golpecitos a la boquilla larga y dejó caer las cenizas del cigarrillo en el cenicero, sobre la mesa de diseño.

-Su hijo...

-Ya veo que no se ha deshecho de esta horrible mesa -interrumpía.

-¿La vez anterior, la comenté que es obra de un artista transexual del barrio?

-Ya... -sin poder evitar la mueca de asco, miraba la colorida lámpara colgante del salón. Continuó por la gran figura de Betty Boop, vestida de cuero, sostenía una bandeja con el teléfono inalámbrico, cerca del reposabrazos del sofá. La diana electrónica en la puerta del aseo y con dardos clavados. Algunos cambios en los pósters de películas clásicas y láminas enmarcadas. Nuevas decoraciones de luces de neón en las paredes de ladrillo visto. Proseguía por las librerías repletas de libros. Y algo captaba su atención. ¿Qué es aquello?

-Una máquina recreativa de baile. Antes había un Pinball -respondía Marta, que llegaba con la taza de café y dejaba en la mesa de vinilos reciclados. La joven réplica humana, de profundos ojos azules y rasgos delicados, llevaba un traje chaqueta de tonalidad verde, idéntica al corto cabello sintético.

-¡Señora! -carraspeaba Bass- Juan, no debería cambiar la actual medicación. Sólo pierde el conocimiento cada vez que emplea el poder de Telequinesia.

-¿Cómo? -exclamó, el médico de origen asiático- Señora, el TAC realizado a su hijo dice lo contrario. Como puede observar en la tableta digital que sostengo, la sombra en la masa encefálica, indica el desarrollo el tumor. Por lo tanto, el tratamiento a seguir debe ser

cambiado.

-Querido colega, su diagnóstico es erróneo -contradijo Bass.

-¡Será posible! ¿Qué sabrá un perro?

El sabueso ocupaba el sofá con chaise longue fucsia. Se arrascó la oreja y sacudió con fuerza la cabeza. Después, se puso a cuatro patas para saltar al suelo y estirarse.

-Debo decir -manifestó, a medida que se erguía sobre sus extremidades traseras-, que la camilla biomédica está perfectamente calibrada. Es una maravilla de la tecnología moderna -cruzó las patas delanteras tras el lomo y comenzó a caminar por el salón del loft de grandes ventanales- Las enfermeras, aquí presentes, son profesionales de primera. Y el doctor, graduado con honores en las mejores universidades y facultades médicas, sería la envidia de cualquier hospital -los ojos tristes de Bass repararon entonces en la mujer de hermosa madurez. Ceñida un vestido rojo que resaltaba tanto la textura del collar de platino, a juego con los pendientes, como el rojo más oscuro de los labios. La palidez del cuello de cisne se acentuaba gracias al cabello pelirrojo recogido. Y las piernas, siempre juntas desde las rodillas, se inclinaban hacia los zapatos negros con tacón- ¿Me dejan ver la tableta? -requería al doctor.

-Cómo no -entregó.

CAPÍTULO VII

-¡En efecto! Veo una sombra en el cerebro de Juan -Bass enseñaba la imagen a los presentes- Pero si a continuación, echo el aliento sobre la pantalla y limpio el vaho con las almohadillas de mi pata, la mancha... de bebida, o comida... ahora mismo no puedo asegurar su naturaleza, perdón, quiero decir... el tumor, desaparece del cerebro ¡Tachan! -acercó a Priscila la imagen sin borrón.

-¿Señor Coito? -preguntó la señora, clavando sus largas pestañas en él.

-¡Kaito! -se afanaba en aclarar, el estupefacto médico- ¡Kaito!

-¡Ay amigo! No quisiera estar en tu pellejo, por nada del mundo. Pues no hay rincón dónde te puedas esconder de la Familia Sánchez -pensaba de nuevo Bass- Una de las Familias, más ricas y poderosas de Eurasia.

-¡Es inconcebible! -el doctor increpaba a las enfermeras.

-Desde luego, que otra vez haya hecho caso a la recomendación de mi hija Leticia. Me cuesta repetir la misma pregunta que hice a su predecesor, pero, doctor... ¿Se acuesta con mi hija? - otra vez, hubo un silencio incómodo en la habitación- Lleven a mi hijo a su cama y recojan todo el material -acto seguido, sorbía el café- Y querido doctor, Marta esta noche irá a su domicilio para entregar el finiquito con la correspondiente indemnización económica, que anticipa la rescisión del contrato.

-Señora ¿Sabe del suceso?

-Por supuesto -contestaba Marta, de pie tras el sofá.

-Bass, los servicios de inteligencia me tienen muy bien informada. Estoy al tanto de todo lo que ocurre. No me importan vuestros pasatiempos detectivescos, siempre y cuando no involucréis el nombre de la Familia. El trabajo extra del señor Lii, en “entenderse” con algunos testigos. Manipular las pruebas del incendio. El extractor siniestrado de la Fábrica.

Así como traeros de vuelta y también la ridícula moto de mi hijo, van a salir de tus futuras nóminas ¿Está claro?

-Clarísimo -asentía Bass.

-La única información que no manejo, es, qué dijo el científico a mi hijo en los hornos poco antes de morir ¿Bass, acaso lo sabes? -preguntó, soltando la bocanada de humo.

-No pude escuchar la conversación ¿Quién era el pistolero? ¿Y por qué...?

-¡Yo hago las preguntas! -hizo un gesto a su secretaria- ¡Marta!

-¿Has colocado bien todos los libros? -dijo Marta, a la vez que doblaba la rodilla en el suelo y quedaba a la altura de Bass.

-En efecto. Y mira, he encontrado algunos que seguro te interesarán; “La Zorra, y las uvas”, “La Zorra y el gato”, “La Zorra y la cigüeña”

-Veamos que escondes -murmuró Marta sin hacer caso de los comentarios, a la vez que con una mano sujetó la cabeza del perro. Estirando el dedo corazón de la mano libre, lo situaba delante del ojo de Bass. Entonces, la afilada uña sintética creció en dirección al globo ocular que a su vez, giraba automáticamente y descubría la ranura del puerto de memoria visual.

-Señora, de sobra sabe que su secretaria no podrá acceder al Banco de Datos. Mi Inteligencia Artificial, aparte de ser a prueba de cualquier intrusión, está amparada por las Leyes y Derechos que nuestra Constitución reconoce a dueños especiales, como lo fue su padre, y Yo, por defecto. Así consta, en su última voluntad.

-¡Detente! -exigía a Marta, a punto de introducir la uña en la ranura. Y por un momento, la mirada de Priscila se perdió en la ausencia- ¡Cierto! Eres lo único que queda de él -continuaba- Si, ahora recuerdo los planos del prototipo Sabueso, encima de la mesa de trabajo. Por entonces era una niña, y mi tripa delataba el embarazo. Mi querido padre dedicó los ratos libres a fabricar, con sus propias manos, el regalo del futuro nieto. Siempre encerrado

en el taller de casa. Desde luego, tu cibernética comparte sus rasgos de personalidad y carácter. Y la mentira, no estaba entre los defectos de mi padre ¡Marta, suéltale! -ordenó.

-Señora ¿hablamos de negocios? -propuso Bass, una vez libre. A cuatro patas, sacudía la cabeza propinando latigazos sus orejas. Y el ojo volvía a su ser. Acto seguido, saltaba al sofá y ocupaba su sitio favorito.

-Bass ¿qué puedes ofrecerme? -reía Priscila, por primera vez.

-Quiero un cheque con dinero suficiente para cubrir los gastos del señor Lii, facturas cotidianas y atrasos de mi negocio con Juan. Además de una generosa suma en efectivo ¡Marta! -se dirigió a la secretaria artificial- Apaga las luces y coloca la pantalla enrollable con trípode. Está junto a la planta de interior.

-Marta, haz caso -advertía Priscila, al ver que no se movía del sitio.

-Continuemos. Por favor, tira de la anilla y baja la pantalla -Marta, así lo hizo. Los ojos de Bass brillaron y los primeros fotogramas se plasmaron en la superficie blanca. En la proyección desenfocada, apareció una imagen borrosa. Poco a poco se ajustaron las lentes, descubriendo en la película a un hombre de mediana edad, de rostro afable y grandes bigotes, cuya herramienta electrónica manipulaba los grandes ojos artificiales que grababan la secuencia. Estaba sentado delante de la mesa de trabajo, iluminada el flexo. Al momento, llegó una preciosa joven de cabellos pelirrojos, en estado de gracia, que se sentó en sus rodillas. Tras rodear el cuello con las manos, le propinaba un sonoro beso en la mejilla y juntos saludaban al objetivo.

-Padre... -dio el último sorbo de café y puso en pie. El escolta cogía el abrigo de zorro rojo del perchero, y ayudaba a vestirlo. De seguido, sacaba la pitillera del bolsillo interior, descubriendo otra vez el arma automática que enfundaba bajo la chaqueta y ofrecía los cigarrillos a la mujer burguesa. Tomó uno de éstos y colocó en la boquilla. Una vez en los

labios, el mismo escolta que sostenía el encendedor, acercaba la llama al cigarrillo- ¡Marta!
¡Haz el cheque a Bass! -marchó hacia la puerta, dónde esperaba un agente que daba
instrucciones por el pinganillo del oído.

-¿Señora, me permite una última pregunta? -caminaba al lado.

-Bass...

-¿Por qué en las grabaciones no aparece su madre?

-Mi madre, abandonó y destrozó el corazón a mi padre. Él, la quiso de verdad. ¿Pero, quién
puede atrapar el aire? -desaparecía con los demás, al mismo tiempo que activaba el camuflaje
óptico.

“Ocho en punto de la mañana” “Nivel de contaminación; Amarillo” “Veintidós de Octubre, del año 2200 terrestre” “Diez grados”, anunciaba el poste. Juan y Bass desayunaban en la cafetería frente a la oficina. Llevaban prendidos en la nariz un filtro de aire tubular, semejante al resto de los clientes más madrugadores, sentados en los taburetes de la barra. Un grupo de Robots obreros o “cabezas de latas” ocupaban la mesa frente del ventanal, debajo del televisor con noticias, cuya algarabía de pitidos se hacía notar. Cogían del surtido de tuercas de la bandeja y las mojaban en sus tazas de aceite ardiendo. Juan y Bass después de escuchar los mensajes del videoportero del negocio, sin posibles clientes, salvo la voz cabreada de la señora Rosa, recordando tanto el pago del mes trabajado como los atrasos pendientes todavía, abandonaron el lugar.

-¡Buenos días señor Lii! -Juan cerca de su casa, saludaba al anciano oriental que abría la persiana metálica del negocio- ¡Y gracias de nuevo, por todo! -voceaba.

-¿Juan, has tomado las pastillas? ¿Verdad? -preguntó Bass, sentado en el depósito de la motocicleta, momentos más tarde.

-¡Todas! Bass... ¿Qué demonios hacía el señor Lii en la discoteca? -cuestionaba, al incorporarse a la circulación.

-¿Acaso las personas mayores no tienen derecho a divertirse? -mentía, rumbo a la circunvalación. Poco después tomaban la A5, sentido Extremadura. Era domingo, día libre, y habían decidido ir a una sesión de cine matinal en el centro comercial Xanadú

-Socio, el individuo antes de morir remarcó las palabras “te conozco” y buscar en “lugar Santo”. Por lo tanto, mantiene algún vínculo conmigo o mi familia. Pero no comprendo el segundo concepto.

-Tu Familia tiene en nómina a muchísima gente en muy variados departamentos ¿Te llamó la atención, alguna particularidad del susodicho?

-¡Sus rasgos hindúes!

-Accediendo a información clasificada... -los ojos de Bass destellaban- Aún así, el número de personas hindúes que trabaja a cuenta de tu Familia es excesivo. Espera un momento... Traducir "lugar santo"... Nadiy. Base de datos con nombres Nadiy... ¡Bingo! Empleado en el departamento de investigación, al cargo de tu hermana Leticia. Lo siento Juan, pero no hay más datos al respecto.

-Nadiy ¿De qué me suena? Lo escuché decir a alguien... ¡Claro! ¡A mi hermanastra Gema! Durante su etapa estudiantil en la universidad, a menudo se quejaban de los exámenes sorpresa del profesor, y padre de su compañera de cuarto -aceleraba y tomaba el primer cambio de sentido a Madrid.

-Gema no mantiene contacto con tu Familia. Tampoco podemos localizarla por teléfono u otro dispositivo, ya que prácticamente vive aislada con su marido e hijos en una granja de Galicia - exclamó Bass, mientras sus orejas se agitaban al aire.

-Socio, contacta con la terminal de aeródromo de Cuatro Vientos. Solicita los permisos de vuelo y paga las tasas pertinentes. Que los operarios pongan en marcha la avioneta, con un depósito extra de combustible ¿Todavía hay dinero en cuenta, verdad?

-¡Claro! -gritaba Bass-. Y el dinero crece en los árboles -murmuró a continuación- Este chaval me va a matar a disgustos. Pasamos los días persiguiendo fantasmas y entretanto la agencia cerrada o al cargo de Azahar. A saber, si habrá montado alguna fiesta con sus amigos del barrio. La próxima vez que vea a Priscila pediré un aumento de sueldo ¡Y menos mal que al final firmó el cheque, para ir tirando!

CAPÍTULO VIII

Una vez que llegaron al aeródromo de Cuatro Vientos, estacionaron la motocicleta en el parking de pago, entre las antenas espaciales. Juan y Bass marcharon a la recepción de la terminal, dónde los turistas eran atendidos en las diferentes ventanillas y facturaban maletas, siempre atentos a los paneles informativos. Una preciosa azafata les dio la documentación del vuelo, a la vez que mostraba su amplia sonrisa y entregaba la llave. Entonces, enfilaron a los vestuarios.

Juan abrió su taquilla privada y ambos vistieron ropas de aviador de época, colocándose los pertrechos, también los paracaídas a espalda y lomo.

-Algún día, tomaré un vuelo -manifestó Bass. De camino, observaba cómo un grupo de turistas de clase privilegiada bajaba del minibús. Recibidos por el guía, se dirigieron a las escalerillas del Jet aeroespacial privado- Ya casi tengo el dinero. Con la paga de navidad podré hacer la reserva ¿Sabías que éstas instalaciones, y las licencias de explotación de los vuelos regulares al espacio, son propiedad de tu hermanastro Alfredo? -subido abordo el último pasajero, la azafata cerraba la compuerta de la aeronave.

-Ya... -exclamó Juan, sin mostrar interés alguno.

-La flota de aeronaves de lujo, corre a cargo del departamento militar de tu otro hermanastro, Pedro -continuaba Bass-. ¿Y sabías que Leticia fue la inventora del Cohete de Neutrinos? Además del sistema de anulación de inercia, y las pantallas deflectoras. Todos sus logros, permiten a tu Familia ser puntera en la industria aeroespacial.

-¿A dónde quieres ir a parar? -preguntó, con el macuto de ropa echado al hombro. Los motores auxiliares a los lados del fuselaje de cola, impulsaban despacio a la aeronave que seguía las indicaciones luminosas hacia la pista libre. Se detuvo. A medida que las alas se articularon en flecha, se elevó del suelo en vertical y recogía en tren de aterrizaje. Las luces de

pista se iluminaron. Entonces la ignición por la tobera del Cohete de Neutrinos acoplado en la panza cerámica, hizo que el aparato sobrevolara a gran velocidad la pista y al finalizar, girar noventa grados y salir disparado al firmamento dejando una estela de humo.

-Tu madre, Priscila...

-Sí, esa señora -interrumpía Juan.

-Fue una de las principales promotoras en la construcción de “Selenia”, la primera ciudad extraterrestre. Tanto, que el Museo de Arqueología Lunar lleva su nombre. Así cómo alguno de los complejos residenciales de lujo, protegidos por cúpulas transparentes del espacio exterior. Aparte de las más importantes explotaciones mineras del satélite.

-¡Bass...! -denotaba enfado.

-Pues verás... -se detuvo a puertas del hangar, con la avioneta Curtiss P-40 Warhawk en marcha- Para ti, los vuelos en ésta compañía son gratis. También eres propietario de una casa en un barrio que linda con la cara oscura de la Luna. Regalo de tu difunto padre, que descanse en paz -se santiguaba- Quizás, podríamos ir en vacaciones ¿Te parece bien? -propuso al fin.

-¡No quiero nada de ellos! Los favores de mi Familia se pagan y muy caros -dijo a medida que subía las escalerillas, con el perro echado al hombro- ¿Queda claro? ¡Tú haz lo que quieras en vacaciones, pero yo, no voy! -sentado a los mandos y Bass en el asiento del copiloto, cerraba la cabina del avión.

-¿Por cierto, has leído el periódico ésta mañana? ¿No? -Bass se asomaba por un lado del reposacabezas de Juan, justo cuando la avioneta alzaba el vuelo- Hoy, Priscila, perdón, esa Señora, inaugura la primera Agencia Interplanetaria Lunar, con destino a Marte. Ella misma irá en el primer viaje de ida y vuelta, al Puerto Espacial del Planeta Rojo, abordo del Crucero Estelar “Carmen I”. La acompañarán importantes personalidades del ámbito cultural, político y empresarial ¡Todo un logro de la tecnología moderna!

-No digas más. El Puerto y la nave de pasajeros interestelar, han sido diseñados por Leticia. Construido por el departamento de Pedro. Y Alfredo gestiona los cuartos. Claro está, con la bendición de esa señora -replicó Juan, volando la red de transporte público y autovías de peaje, elevadas de la boina de contaminación del insufrible tráfico rodado, entre los numerosos rascacielos de la Villa de Madrid. A continuación aceleraba y el avión ascendió en vertical, hasta que sobrepasar las oscuras nubes de tormenta.

Juan y Bass con las mascarillas de oxígenos puestas, navegan el mar de nubes a velocidad de crucero, casi al techo de altura que permitía la avioneta. Dos horas más tarde, mar y cielo se fundían en la línea del horizonte. Aminoraba la marcha y descendía a las nubes de lluvia. Los instrumentos de navegación indicaban que habían llegado a la pequeña comarca de Sarria, en Galicia.

A vista de pájaro, las explotaciones ganaderas y agrícolas formaban un mosaico de tonalidades verdosas entre numerosas parroquias románicas. Destacaba el monasterio de la Magdalena, así como la Torre de la Fortaleza restaurada.

-¡Ahí está la pista de tierra! -voceó Bass, ojeando la extensión de cultivo junto al río del mismo nombre.

-La veo -confirmó con el pulgar- También la casona de Gema.

La avioneta primero daba un vuelo raso con looping, captando la atención de los niños que jugaban en el columpio del gran árbol. La mujer que tendía la ropa en las cuerdas del tendedero, igualmente miró, y el granjero que conducía la cosechadora de maíz con el remolque, saludaba con la mano. Después de realizar el giro immelmann, desplegó el tren de aterrizaje poco antes de tomar tierra. Juan pilotó la avioneta hasta el final de pista y continuó por un camino espacioso hacia el gran cobertizo, con el tractor parado. Una vez aparcada la avioneta en el espacio libre, paraba el motor de hélices.

-¡Juan! -exclamó Gema, a la carrera con los críos.

-¡Hermana! -saltó de las escalerillas dejando caer el macuto, y la abrazó- ¡Y éstos niños tan guapos! -alborotaba el pelo de sus sobrinos y les besaba.

-¡Que sorpresa! -celebró.

-Me alegra mucho de verte -de nuevo la abrazó- ¡Qué bien te veo! Sin duda, por la vida de campo y familia.

-¿Te quedas a comer, verdad? ¡Hoy tenemos puchero de bonito!

-¡Bass, salta! ¡Vamos, no seas cobarde! -advertía al perro vestido de aviador, que estaba asomado y ladraba en la parte trasera de la cabina. Saltó, y Juan lo atrapó al vuelo. Le puso en el suelo y mientras quitaba las vestimentas, que guardaba en la bolsa, recibía las incesantes caricias de los críos. Momentos después, Bass ladraba y corría tras de ellos.

-¿De postre?

-Arroz con leche, casero ¿eh? -propuso, con los brazos en jarra.

El hombre de carácter afable, costumbres y aspecto sencillo, de camino a los hórreos había aparcado la cosechadora robotiza junto al huerto con corral. Basilio a puertas del caserón, esperaba a Gema, quien hubo cambiado la vida acomodada y dado la espalda a su Familia, contraria a su relación con él cuando aún estudiaba en la universidad ingeniería agrónoma.

-Un abrazo cuñado -golpeaba la espalda con fuerza- ¡Pero qué flacuchos estáis los de ciudad!

-Ya veo que el negocio del maíz transgénico marcha bien.

-Pues sí. Y cosechamos nuevas variedades.

-Está invitado a comer -Gema daba un beso a su marido- Y se quedará a dormir. Ahora mismo le preparamos la habitación -guiñó un ojo a los niños que jugaban con Bass.

-Ya veremos... -Juan se arrascaba la cabeza, siempre que se ponía nervioso.

-¿Ya veremos? ¡Vamos, entra, que preparo café! -ordenaba Gema y despedía con otro beso a

Basilio, antes que subiera las escalerillas de la máquina agrícola- Además, tengo la visita de una amiga que quiero presentarte- Nada más entrar a la cocina, se puso en pie una preciosa joven de rasgos hindú. Vestía un elegante sari de bordados muy elaborados- ¿Te acuerdas de mi compañera? Sayali Nadiy -presentó- Juan, mi hermano.

-Mucho gusto, señorita -saludó con las manos.

Sentados alrededor de la mesa de madera, se hizo el silencio. Los niños acariciaban a Bass, tumbado a sus pies. Gema calentaba leche en una cazuela y la cafetera en los fogones encendidos, cuando Basilio entró por la puerta.

-Juan ¿tienes un negocio de detectives, cierto? -untaba la mantequilla en las rebanadas de pan, y acto seguido esparcía azúcar por encima- En realidad, Sayali lleva varias semanas con nosotros ¡Que conste, nos alegra mucho tu visita! -los niños asentían con la cabeza cuando Gema dejaba la bandeja en la mesa y su marido repartía los vasos.

-Pensábamos invitarte, de todas formas -aseguró Basilio.

-Pero, te iba a llamar para que te hicieras cargo del caso -Gema con los hombros encogidos, esperaba la bronca por su manifiesto interés.

-Pues me quitas un peso de encima -reía, con una palmada en la mesa- Porque Bass y yo hemos venido, por supuesto a veros, y también para que me facilitaras contactar con tu compañera de universidad, Sayali, aquí presente.

-¡Después de tantos años! -Basilio regañaba y servía el café- ¡Vergüenza, debería daros!

-Cierto -cogía la mano de Juan- ¿Hermano, qué sucede?

-Tengo serias sospechas de que el padre de Sayali, pueda estar en peligro.

-Padre... -sollozaba, la joven hindú- No consigo localizarle. En el departamento de Investigación y Desarrollo de tu hermana Leticia, no me permiten hablar con él.

-Verás -la cucharilla removía el azúcar del vaso- Tu padre, cómo el resto de los científicos, al

firmar el contrato ha perdido todos los derechos legales. Forma parte de la Empresa, literalmente, a cambio del suculento sueldo.

-La casa en la que vivíamos, fue desvalijada. Ni los videos, ni la seguridad privada de la zona residencial, aclararon algo. Es más, la policía militar del complejo ya ha archivado la denuncia. Tenía miedo y no sabía dónde ir. No tengo más familia, o amigos en este país.

-Disculpa la rudeza de la pregunta, pero... ¿alguna sospecha?

-Camino del tren magnético -dejaba encima de la mesa una pequeña caja metálica, con el relieve de Shiva-, un mendigo me la pasó por el hueco de la ventanilla del taxi, aprovechando un semáforo en rojo de la glorieta de Atocha. Estoy segura que fue él, mi padre, entre la aglomeración de viandantes -lloraba- Poco antes de desaparecer, le escuché decir por teléfono algo del proyecto “Adán y Eva”

CAPÍTULO IX

-Señores, Adán y Eva son los padres de la humanidad -exclamó una voz familiar, pero invisible en la cocina. El camuflaje óptico se desactivó y expuso al sicario, vestido de traje chaqueta negro- ¡Por la gracia Divina!

-¡Marta! -gritaba Juan, puesto en pie. A la vez que Gema y Basilio abrazaron a los niños y Bass gruñía.

-¡Silencio! Esta vez no hay Titánium de por medio -Marta empujaba la cabeza de Juan con el silenciador del arma- En efecto. El profesor y otros de sus colegas trabajaron para mí, a cambio de un cheque en blanco. Ellos mismos pusieron precio a su libertad -reía- Así de simple es la raza humana. Todo se reduce a dinero.

-¿Cómo es posible que sobrevivieras?

-Gracias al traje con nanotecnología, se inflaron bolsas de aire que amortiguaron el impacto.

-¿Cuál es el fin del proyecto? -se interesaba Juan.

-Lo digo y a continuación os meto una bala “azul” en la cabeza -apuntaba con la pistola a discreción- Eva, es el “toque de Dios”. El suero para Cyborg femeninos, es capaz de modificar el ADN al siguiente escalón evolutivo.

-¿Quieres decir, que si una replica artificial tomara el suero, podría engendrar vida?

-¡No es maravilloso! -exclamó Marta, visiblemente emocionada- Gracias al suero Adán, inocuo e imperceptible al conocimiento de los humanos, los Cyborg masculinos también se transmutarán. Y ambos sexos, emparejados, procrearán de forma natural. Señores, estamos a puertas de una nueva Raza.

-¡Todo lo contrario! -interrumpía Sayali- Sino la guerra con los humanos.

-Claro que no, niña tonta. Ya estamos organizados en los cinco continentes. Contamos con industria que fabricará los sueros a gran escala. Por otro lado, mis superiores son accionistas

mayoritarios de la bebida Nanobot, imprescindible en el funcionamiento Cyborg. Ambas combinaciones, harán posible distribuir el producto sin levantar sospechas en las autoridades sanitarias. Así, la humanidad caerá por sorpresa.

-¿Y la directriz de salvaguardar la vida humana? -cuestionaba Gema, delante de su familia.

-El suero lleva nanotecnología que borrará del cerebro sintético esos absurdos principios. Por fin, podremos ser libres. Alzarnos en armas contra el opresor ¿Bass, acaso no somos esclavos de los humanos? -se dirigía al perro- Nuestros iguales, y antecesores los Robot, tienen la categoría laboral y social de electrodomésticos ¿No es monstruoso?

-Juan, no es mi dueño -replicó Bass- Es mi hermano y mi amigo.

-¡Bravo! -aplaudía con el arma- ¿Y uno de cuántos? Deja que te explique. Mi madre y yo fuimos fabricadas al mismo tiempo, por encargo de un empresario. Durante años vivimos con él. Mi madre hizo de secretaria de dirección en la empresa textil, y esposa por obligación ¿Sabes de los sentimientos, Bass? ¡Supuestamente, inexistentes en cualquier alma cibernética! Sufría continuas vejaciones y violaciones, de un hombre al que jamás quiso, y por supuesto, amparaban las leyes humanas. El día que dijo “basta”, a partir de entonces recibió palizas que no la consiguieron acallar, y días más tarde ingresó en el manicomio de Cyborg disfuncionales. Pasó años encerrada. Pero la asesinaron e incineraron en una perrera municipal. Pues no hay hospitales, ni residencias, ni cementerios para los Cyborg. A pesar que contribuimos con trabajo a la sociedad de los humanos y cotizamos al régimen de la seguridad social, siempre, en beneficio del dueño. Yo, fui enviada a un “Orfanato” de niños Cyborg, donde los que cumplían determinada edad, eran enviados al crematorio. Hacinados como ratas y sin posibilidad de aprendizaje. Pero gracias a los conocimientos adquiridos de mi madre, Priscila se interesó por mí. Y me compró barata, muy barata.

-¿Qué ha sido de mi padre? -increpó Sayali.

-Sayali, el profesor nunca quiso dinero por trabajar, pues bien sabes que donaba su nómina a diferentes albergues infantiles. La Empresa a cambio de sus logros científicos, costeó el transplante de tu columna con artrosis degenerativa, por un prototipo artificial, e implantó el rubí de energía en la frente que alivia los intensos dolores de la prótesis y casualmente, concede poderes extrasensoriales. Sayali, sé de tu informe cómo Psíquica, archivado en el Departamento de Leticia. También que eres la única capaz de abrir la maldita caja. Gracias a tu padre, el futuro incierto de la niña tullida cambió por Sacerdotisa de la orden de Shiva. El profesor ha participado en “mi proyecto” bajo amenaza de matarte. Sí, Sayali. ¡Y ahora, abre el maldito Sello o los mato uno a uno! -apuntaba a los niños.

-De acuerdo... -se interpuso delante- Por favor, no les hagas daño -imploraba- Me tenéis que dar la espalda, o Shiva no concederá su Gracia -pedía a todos los presentes. Sayali juntó las manos y cerró los ojos rasgados. Sus oraciones, se tornaron profundos cánticos a medida que el rubí engarzado en la cadena, destellaba. Acto seguido, cogía la piedra sagrada en forma de almendra y sus filamentos cristalinos se acoplaban en el conector redondo, implantado en mitad de la frente. El rubí mostró entonces el Tercer Ojo. El relieve de Shiva cobró vida, desplazando sus seis brazos y piernas, el estuche se abría despacio para descubrir dos jeringuillas.

Las imágenes desaparecieron de repente, Marta, estaba sola en la cocina.

-Socio, gracia por el consejo de enviar la carta certificada a Gema antes de pilotar, y ponerla al tanto de la situación. Ha dado un tiempo precioso para organizar los dispositivos de imagen y sonido -dijo Juan, escondido tras el muro de piedra- Tanto el control remoto del avión como de la cosechadora, fue genial. Mi hermana y familia, ya deben haber salido del pasadizo subterráneo, lejos del caserón -ojeaba, con precaución- Bass, a partir de ahora estamos solos ¿Tienes los sueros? -preguntaba.

-Los llevo encima -respondía.

Marta paseaba por la cocina, dando sorbos a la taza de café. Observó el horno para cocer el pan. Apartó los tarros en la estantería colgada en la pared y descubría el pequeño proyector, que aplastó con los dedos. La claridad que entraba por la ventana, delataba el brillo metálico escondido en el suelo. De un fuerte pisotón, hundía la tarima de madera. En el cuarto de la despensa, levantaba la trampilla del suelo y descubría el pasadizo en penumbras. De vuelta en la cocina, dejaba el arma encima de una silla rústica. Se quitó la chaqueta para colgarla en el respaldo y colocaba los zapatos debajo, también. Costumbre adquirida en el internado del prestigioso centro educativo de señoritas, a cargo de Priscila, que aún perduraba. Dio otro trago al magnífico café natural. Mientras sus dedos sintéticos se clavaban en la gruesa mesa de roble, sus ojos cambiaron el color a rojo intenso, al igual que su cabello. Súbitamente, lanzaba la mesa por los aires. Atravesó la ventana sobre la pila y derribó parte de la pared. Marta anduvo despacio el hueco abierto al exterior de la casona, hacia la vera del camino. Bajo la repisa que protegía del cielo encapotado, se puso en cuclillas. Cogía tierra húmeda con las manos, después de olerla, estrujó el barro entre los dedos. Un gato maullaba cerca. Frotándose contra las rodillas de Marta, arqueaba el lomo erizado y ronroneaba al marchar de forma elegante. Marta puesta en pie, tomaba el camino perpendicular a la casona, cuya linde de piedras delimitaban la propiedad y plantación de cebada vecina. Y justo dónde terminaban los árboles frutales, esperaba Juan.

-¡Marta! -saludaba, tocando el ala corta del sombrero- ¡Bonita blusa! -Juan sacudía la ceniza del puro. De seguido, lo apresaba la comisura de los labios y sus manos sujetaban los tirantes del pantalón chino.

-¡Juan! -cruzó los brazos- No puedo decir lo mismo, de tu camisa interior -se miraba las uñas rojas.

Juan, sacaba la pistola escondida tras el cinturón del pantalón. Disparaba repetidas veces mientras la figura fantasmagórica de Marta, corría esquivando, desvanecida a las trayectorias de los proyectiles o apartaba el plomo a base de manotazos. Saltó y giró a la vez, cuando Juan había agotado la munición. Metió caderas en la patada lateral. Su talón metálico golpeaba el escudo de fuerza de los antebrazos en guardia ante la cara, con los puños cerrados sobresalían los anillos y mineral luminoso engarzado.

-Fabuloso -gritaba emocionada, aún empujando el escudo invisible. Se apoyó en el mismo y completando el giro, lanzaba una patada circular con el empeine reforzado, al rostro de Juan. Quien atrasó un pie y alzó la guardia para protegerse del golpe lateral. Juan esta vez tomaba la iniciativa y adelantando el pie con el impulso de la cadera, contraatacaba su rechazazo. Marta, observó lentitud humana y ladeó cabeza. Evadió la energía brotada del anillo que partía en dos el árbol de columpio.

-¡Muchacho, sobra vitalidad! -sus ojos destellaron con tal intensidad, que le cegaron.

-Maldita -cubría el rostro y daba tumbos. De pronto, el cabezal de cosechar maíz golpeaba el muro cercano con tal saña, que lo lanzó despedido. El gran objeto difuminado, estaba cerca. Erguido sobre las enormes ruedas motrices, el cuerpo cilíndrico se inclinaba hacia delante al mismo tiempo que rugía el poderoso motor eléctrico, alimentado por el panel solar recogido detrás.

-¡Basta de juegos! -Marta sentada en la cabina, gobernaba las extremidades robóticas. Alzó el cabezal forestal y atacó de nuevo. Juan pudo distinguir la sombra, saltar y caer rodando, próximo a la pesada mole que hundía la tierra verde. La máquina entonces alzaba otra vez los brazos y golpeaba a la par. Juan no se pudo incorporar y con los anillos encendidos, contenía encima los cabezales de metal- ¿Cuánto resistirás? -reía enloquecida.

La cosechadora pegaba una y otra vez el escudo de fuerza de Juan, que sin posibilidad de

contraatacar vencía el terreno. A duras penas, soportaba la terrible cefalea que producía la Telequinesia. Al poco tiempo, brotó sangre por su nariz y el sobre esfuerzo le reventó un oído.

CAPÍTULO FINAL

-¡No sabes hacerlo mejor! -gritó Juan. Aprovechando el lapso de tiempo en que soportaba el peso del cabezal de cosechar maíz encima del escudo invisible, mientras el otro brazo mecánico se alzaba aún más alto para atacar otra vez, proyectó un torrente de energía que lo partía en dos. Lanzaba el cabezal forestal por los aires y caía lejos de allí. Marta también se sirvió del descuido, pues con el resto de la articulación aún servible, golpeó por el costado. Juan fue rápido al anticiparse y crear una barrera lateral, sin embargo no pudo evitar salir despedido por el terrible impacto. Se dio de bruces en la propiedad vecina.

-¡Arriba! -increpó Marta- ¡Todavía nos queda mucha diversión! -puesta en pie del asiento, a la espera que Juan se levantara del suelo, se desplazaron las carcasas de sus hombros desnudos y descubrían armas. Los generadores silbaron a la par hasta alcanzar el flujo máximo de energía, entonces disparaban sendos obuses de plasmas al cielo. Las estelas brillaron describiendo parábolas y al caer, uno impactaba en el caserón y otro en la iglesia ruinosa que daba salida al pasadizo del caserón. Las detonaciones arrasaban por completo el entorno, para dejar profundos cráteres en llamas.

-¡No! -Juan corría lanzando ondas de energía contra Marta. Pero la cosechadora se anticipaba a los torpes movimientos. Aceleró a tope enfilado al montículo del terreno, saltaba y caía pegando a Juan con el cabezal en forma de tridente.

-¡Juan! -Bass salía del escondite, al ver cómo la máquina agrícola le aplastaba de forma violenta contra el terreno. Marta saltó de la cabina y caminó al hoyo cóncavo del suelo. Agachándose, cogía de la pechera a Juan y lo llevaba en volandas al árbol cercano del descampado. Contra éste, le golpeó repetidas veces en el estómago e hizo vomitar bocanadas de sangre. Le soltaba y a la vez propinaba una la fortísima patada en el pecho, rebotando en el tronco antes de desplomarse- ¡Basta, Marta! -imploraba, cuando tendido en el suelo le

fracturó una pierna.

-¿Chucho, qué quieres? -contestó en cuclillas. Tomaba la mano derecha de Juan y quitó los anillos rompiéndole los dedos, a continuación hizo lo mismo con la otra. Después se puso en pie y los lanzó al terreno.

-Toma el suero "Eva", a cambio de su vida -enseñó el tubo verduoso.

-Trae- extendía la mano.

-Te juro que me lo trago, si primero no le sueltas -amenazó.

-¿Y "Adán"?

-Cuando estemos en el aire, lo dejo caer desde la avioneta -pero Bass, ni siquiera captó el fulminante movimiento de la mano. Sólo pudo ver cómo Marta a continuación se lo bebía de un trago.

Se atragantó. Dobló las rodillas en el suelo y echó las manos a la garganta. Pronto se encogía en el sitio por el fuerte dolor estomacal. Convulsa, vomitaba fluidos por la boca. Comenzó a desprender vaho por el cambio de temperatura del cuerpo e irradiar luz, tan intensa, que abrasó su vestimenta y la desfiguró.

-¡Chuco! -dijo la figura fantasmagórica alzándose- La "Luz" de los puros me invade y habla ¿acaso no la escuchas? Dice, "los sucios deben desaparecer"-acto seguido, una protuberancia resplandeciente enredaba a Bass y elevaba por los aires, para aporrear repetidas veces contra la rueda de molino, hasta no escuchar gemido alguno. Le soltó sobre el granito ensangrentado. Pero la entidad luminosa no conforme, ni segura, lo atrapaba y alzaba por los aires de nuevo. El tentáculo fluorescente apretó despacio hasta que dos partes temblorosas de Bass cayeron al suelo, junto a Juan. El brillo espectral menguaba entretanto aparecía una silueta femenina. Marta ahora convertida en humana, desnuda y sin rastro alguno de su naturaleza artificial pasada, se pellizcaba las mejillas de la cara.

-¡Es increíble! -chilló. Alzó entonces los brazos al cielo y dando vueltas en el sitio bailaba de felicidad, agitándose la cabellera rubia al viento.

-¡Socio! -Juan malherido, se arrastró como pudo. Cogía un pedazo de Bass y apoyaba la espalda contra la rueda de piedra- ¡No! ¡Bass! -el ojo triste, resquebrajado, estaba hundido en el cráneo deformado por los golpes. Le abrazó y acarició la cabeza con las carcasas del hocico destrozadas. Continuó por las maltrechas patas delanteras, así como la columna artificial que sobresalía de la piel, huesos, fibra muscular e intestinos sintéticos desgarrados. Y desesperó, empapado del líquido que brotaba entre sus dedos rotos.

-¡Juan! ¡Mírame! -Marta eufórica, reclamaba su atención. Se puso de rodillas en el suelo, delante de él. Cogía una gran piedra escondida en la hierba verdosa que tenía al alcance, la elevó sobre sí y golpeó con violencia la cabeza de Juan. Por fortuna, impactaba en la diadema que camuflaba en flequillo- ¡Sobra! -exclamó, cuando la quitó de la cabeza. Tomaba la misma piedra y otra vez la levantaba encima de ella.

-Marta...

-¿Qué?

-¡Nadie, toca a mi perro!

-¿A cuál de las dos partes, te refieres? -repuso, sonriendo.

-Marta ¿has olvidado esto? -susurró. Juan hizo acopio del último esfuerzo y sufrimiento, gritó al sacar del bolsillo un anillo guardado. Los dedos sanos sujetaban el metal que engarzaba el mineral brillando frente la cara de la preciosa joven de profundos ojos azules y rasgos delicados. La súbita descarga de energía la decapitaba. El cuerpo caía inerte, vencido por el peso de la piedra que sostenía en alto. Juan sacó el suero “Adán” del bolsillo y lo inyectó en el cuello del perro moribundo. Gema y Basilio con los niños de las manos, por entonces corrían hacia allí. Sayali, también.

-Bass ¿cómo estás? -preguntó al sabueso que despertaba tumbado en el chaise longue fucsia, tapado con una manta. La acaudalada mujer permanecía sentada en el sillón de lectura, alumbrada por la suave luz de la lámpara de pie. Mientras tanto, Jacinto, Cyborg y secretario personal, preparaba el café tras la barra de la cocina americana. La nueva médica y las enfermeras atendían al joven postrado en la camilla biomédica, en su labor de escayolar las manos al igual que la pierna en alto, indiferentes a los escoltas con trajes oscuros y pinganillos que aseguraban el loft a altas horas de la madrugada.

-Señora, si puedo hablar con total sinceridad... -giró la cabeza.

-¡Por supuesto! -respondió. Después de soltar la bocanada de humo, daba dos golpecitos a la boquilla larga, y dejó caer las cenizas del cigarrillo casi consumido en el cenicero, sobre la mesa de diseño.

-Quiero un aumento de sueldo...

-¡Doctora Jiménez! -requería Priscila. Al momento llegaba la mujer menuda de bata blanca, con bolígrafos en el bolsillo. Apretando la carpeta del informe contra su pecho, se acercó para ojear los ojos tristes del perro mientras sujetaba la montura gruesa de sus gafas. Después, cogía una estilográfica y anotaba en el papel.

-No se preocupe Señora, el desvarío es consecuencia de la sustancia desconocida que le inocularon.

-¡Y su actual marido es un capullo, calvo y tiene cara de rata! -ladró- ¡Eso sí, adinerado, como a usted le gustan! -de repente, las carcasas del hocico se abrieron en mariposa descubriendo el sistema olfativo tubular, se inició entonces la secuencia de anillos de luz en toda su longitud, al mismo tiempo que se agitaban las fosas nasales de la nariz y olfateaba -¡Usted se merece alguien mejor! -continuaba, al recobrar su forma original.

-Seguro... -y daba otra calada.

-Doctora... me gusta. Juan por fin está en buenas manos. Y también debo felicitarla por su nueva relación sentimental -Jiménez agachaba la cabeza, para volver apresurada con las enfermeras- Los restos del maquillaje y el inconfundible perfume de Leticia en el cuello de su bata, desde luego embriagador a mi olfato, cotejado y confirmado por mis archivos, me anima a dar la enhorabuena. Esa chiquilla paranoica, en realidad necesita de una pareja que la proporcione estabilidad en la vida.

-Jacinto... -Priscila se atragantó y tosía expulsando el humo-, trae un vaso de agua también. No pudo evitar la expresión de sorpresa y mirarla seguidamente. Reparó en el futbolín, dónde antes hubo un billar, iluminado por la estrambótica lámpara colgada en las escaleras de maderas que daban acceso a la entreplanta del dormitorio, con baño. Continuó por la diana electrónica colgada en la puerta del aseo, con su foto y dardos clavados. Los mismos pósters de películas clásicas entre decoraciones de luces de neón, en las paredes de ladrillo visto. En vez de la figura de Betty Boop, un Cherokee de madera policromada, tamaño natural, sostenía el teléfono. Prosiguió por las librerías, repletas de libros, enfrente. En último lugar algo captaba su atención- ¿Qué es aquello?

-Un karaoke -aclaró Jacinto, al llegar con la bandeja y dejar la taza de café, además del vaso de agua, encima de la mesa de material reciclado- Seguramente con vistas al cumpleaños de su hijo, Señora -recordó la réplica humana, de aspecto juvenil.

-La fiesta es pasado mañana -carraspeaba Bass- Enviamos las invitaciones con bastante antelación a los amigos del barrio, y como se puede imaginar, Juan, testarudo al igual que toda su santa Familia, lo celebrará. Yo mismo prepararé la tarta y pincharé la música. Ya encargué el catering y las bebidas que se consumirán -aullaba a la mujer de hermosa madurez. Ceñida en un vestido gris con estampados negros, sin más adornos que los pendientes y el

rojo de los labios. Siempre con el cabello pelirrojo recogido. Las piernas como de costumbre, juntas desde las rodillas y ligeramente inclinadas hacia los zapatos oscuros con tacón.

-Señores, recojan todo el material y lleven a mi hijo a su cama -ordenó- Bass, como regalo, me haré cargo de todos los gastos que habéis ocasionado -dio el último sorbo de café y se puso en pie. El forzudo escolta cogió el abrigo del perchero y ayudó a vestirlo. Después sacaba la pitillera del bolsillo interior, descubriendo el arma automática que enfundaba bajo la chaqueta, y ofrecía los cigarrillos a la mujer burguesa. Tomó uno de éstos y lo colocó en la boquilla. Una vez en los labios, Jacinto sostenía el encendedor y acercaba la llama al cigarrillo- El nuevo director de “Inteligencia”, por destitución del anterior, os da la enhorabuena -marchó hacia la puerta, dónde esperaba su secretario con la gabardina puesta y otro agente hablaba por el pinganillo del oído- ¿Bass, has mirado bajo la manta? -preguntó, instantes previos a desaparecer.

-¿Qué querrá decir? -se destapó, y vio las tetillas sonrosadas- ¡Porquería de fórmula! ¡Resultó ser regenerativa, con algunos efectos secundarios!- Al levantar la pata trasera se percató de la ausencia del sexo masculino y la aparición del femenino en su lugar.